

|   |    |
|---|----|
| El reto hispano .....                           | 1  |
| Críticas a Samuel Huntington.....               | 18 |
| El Moby Dick de Huntington .....                | 23 |
| Hispanos en EE.UU., la amenaza fantasma.....    | 26 |
| El peligro inexistente.....                     | 26 |
| El mundo hispánico y el destino manifiesto..... | 27 |
| Plegarias atendidas, en español .....           | 28 |
| Una tesis insostenible .....                    | 30 |
| El desafío angloprotestante.....                | 31 |
| LATINOS: El ataque de los intelectuales.....    | 33 |
| El falso profeta .....                          | 35 |

## SAMUEL HUNTINGTON<sup>1</sup>

# *El reto hispano*

La llegada constante de inmigrantes hispanos amenaza con dividir Estados Unidos en dos pueblos, dos culturas y dos lenguas. A diferencia de grupos anteriores de inmigrantes, los mexicanos y otros hispanos no se han integrado en la cultura estadounidense dominante, sino que han formado sus propios enclaves políticos y lingüísticos -desde Los Ángeles hasta Miami- y rechazan los valores angloprotestantes que construyeron el sueño americano. EE UU corre un riesgo si ignora este desafío. Samuel Huntington

Estados Unidos fue creado, en los siglos XVII y XVIII, por colonos fundamentalmente blancos, británicos y protestantes. Sus valores, instituciones y cultura proporcionaron los cimientos de la nación e inspiraron su desarrollo en los siglos posteriores. En un principio, definieron el país desde el punto de vista de la raza, el origen étnico, la cultura y la religión. En el siglo XVIII tuvieron que añadir la perspectiva ideológica para justificar la independencia de la metrópoli, que también era blanca, británica y protestante. Thomas Jefferson expuso su “credo” –como lo llamó el economista y premio Nobel Gunnar Myrdal– en la Declaración de Independencia, y, desde entonces, los estadistas han reiterado sus principios, y la población los ha hecho suyos, como componente esencial de su identidad estadounidense.

En los últimos años del siglo XIX, sin embargo, el componente étnico se amplió con la inclusión de alemanes, irlandeses y escandinavos, y la identidad religiosa de EE UU pasó de protestante a una definición más general de cristiana. Con la Segunda Guerra Mundial y la incorporación de enormes cantidades de inmigrantes del este y el sur de Europa, llegados con sus hijos, la procedencia étnica prácticamente desapareció como componente definitorio de la identidad nacional. Lo mismo ocurrió con la raza, tras las victorias del movimiento de lucha por los derechos civiles y la ley sobre inmigración y nacionalidad de 1965. Ahora los estadounidenses consideran que tienen un país multiétnico y multirracial, y lo aprueban. Como consecuencia, la identidad de Estados Unidos, hoy, se define en función de la cultura y el credo.

La mayoría de los estadounidenses consideran que el credo es el elemento crucial de su identidad nacional. Sin embargo, éste fue producto de una cultura específica, la angloprotestante, que tenían los colonos fundadores. Los elementos clave de dicha cultura son la lengua inglesa, el cristianismo, el compromiso religioso, el concepto

inglés del imperio de la ley -que engloba la responsabilidad de los gobernantes y los derechos de los individuos- y los valores protestantes del individualismo, la ética del trabajo y la convicción de que los seres humanos tienen la capacidad y el deber de intentar crear un cielo en la tierra, una "ciudad sobre una colina". A lo largo de la historia, EE UU ha atraído a millones de inmigrantes debido a esa cultura, gracias a las oportunidades económicas y libertades políticas que ella ha hecho posibles.

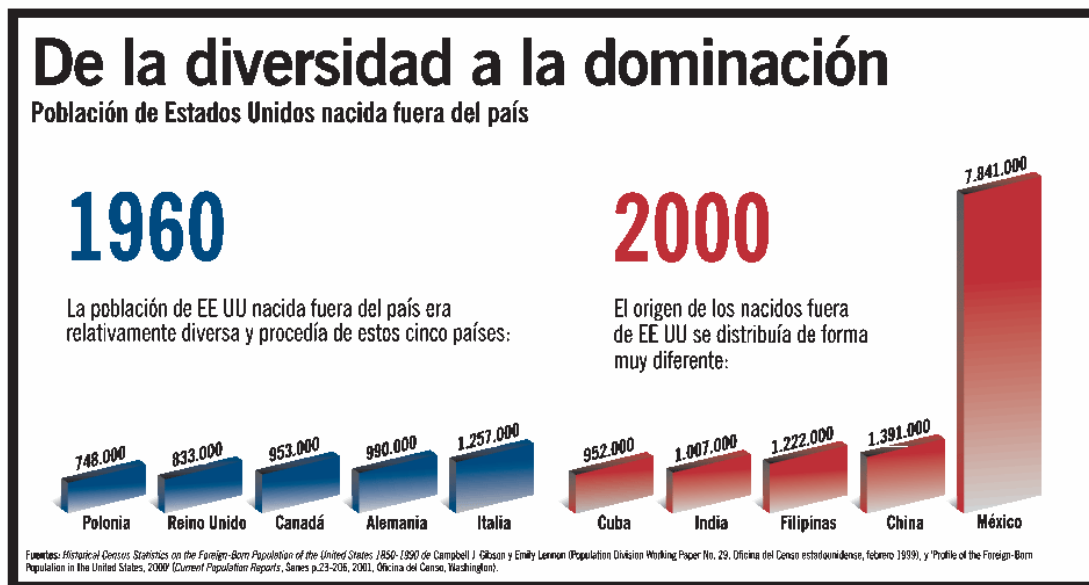
Las aportaciones de las culturas inmigrantes modificaron y enriquecieron la cultura angloprotestante. Pero su esencia siguió siendo la base de la identidad estadounidense, por lo menos, hasta las últimas décadas del siglo xx. ¿Sería EE UU el país que ha sido, y es aún en gran medida, si lo hubieran colonizado católicos franceses, españoles o portugueses, y no protestantes británicos? La respuesta es claramente "no". No sería EE UU; sería Quebec, México o Brasil. Ahora bien, en las últimas décadas del siglo xx, la cultura angloprotestante de EE UU y su credo comenzaron a sufrir agresiones por la popularidad, en círculos intelectuales y políticos, del multiculturalismo y la diversidad, el avance de la identidad de grupo basada en la raza, la procedencia étnica y el sexo, por encima de la nacional; la influencia de las diásporas culturales internacionales; el número cada vez mayor de inmigrantes con doble nacionalidad y doble lealtad, y la importancia creciente que atribuyen las autoridades intelectuales, empresariales y políticas del país a las identidades cosmopolitas y transnacionales. Además, la identidad nacional estadounidense, como la de otros Estados-nación, se enfrenta al reto de la globalización, con la necesidad que ésta crea en la gente de que haya identidades "de sangre y creencias" más reducidas y significativas.

*La división cultural entre hispanos y anglos podría reemplazar la división racial entre blancos y negros como la fractura más seria en la sociedad de EE UU*

En esta nueva era, el desafío más grave e inmediato al que se enfrenta la identidad tradicional de EE UU es el que suponen la inmensa y constante inmigración de Latinoamérica, sobre todo de México, y los índices de natalidad de estos inmigrantes en comparación con los nativos, tanto blancos como negros. A los estadounidenses les gusta presumir de cómo, en el pasado, han asimilado a millones de inmigrantes en su sociedad, su cultura y su política. Sin embargo, cuando hablan de inmigrantes, suelen generalizar: no diferencian entre ellos y se centran en los costes y beneficios económicos de la inmigración, pero ignoran sus consecuencias sociales y culturales, pasando por alto las características y los problemas peculiares que plantea la inmigración actual de hispanos. La inmigración de hoy tiene una dimensión y una naturaleza muy distinta a las anteriores, y no parece probable que la asimilación lograda en el pasado se repita con los inmigrantes de Latinoamérica. Esto suscita un interrogante clave: ¿seguirá siendo EE UU un país con una sola lengua y una base cultural angloprotestante? Al ignorar esta pregunta, los estadounidenses están aceptando que se convertirán en dos pueblos, con dos culturas (anglo e hispana) y dos lenguas (inglés y español).

El impacto de la inmigración mexicana en EE UU queda patente cuando se piensa en qué ocurriría si el flujo se detuviera de pronto. El número anual de inmigrantes legales descendería en unos 175.000, más cerca del nivel recomendado por la Comisión para la Reforma de la Inmigración que presidió, en los 90, la ex congresista Barbara Jordan. Las entradas ilegales disminuirían drásticamente. Los salarios de los ciudadanos de menos ingresos mejorarían. Los debates sobre el uso del español y sobre si es preciso

declarar el inglés lengua oficial, tanto estatal como nacionalmente, se calmarían. La educación bilingüe y las controversias que suscita casi desaparecerían, igual que las polémicas sobre la Seguridad Social y otras prestaciones a inmigrantes. La respuesta a si éstos son una carga económica para los Gobiernos estatales y el federal sería negativa. El nivel de educación y preparación de los inmigrantes que siguieran llegando sería el más alto en la historia del país. El flujo de recién llegados volvería a ser muy variado, lo que motivaría más a todos los recién llegados a aprender inglés y absorber la cultura estadounidense. Pero, sobre todo, desaparecería la posibilidad de una escisión de facto entre un país de habla predominante hispana y otro de habla inglesa, y, con ello, una enorme amenaza potencial para la integridad cultural y política del país.



## UN MUNDO DE DIFERENCIAS

La inmigración que llega ahora de México y, en general, de Latinoamérica, no tiene precedentes en la historia de EE UU. Las lecciones extraídas de inmigraciones pasadas no sirven para comprender su dinámica y consecuencias. La inmigración mexicana se distingue de otras anteriores y de casi todas las actuales por una serie de factores: contigüidad, escala, ilegalidad, concentración regional, persistencia y presencia histórica.

Contigüidad | La idea que tiene EE UU de la inmigración suele estar simbolizada por la estatua de la Libertad, la isla de Ellis y, en tiempos más recientes, el aeropuerto JFK, de Nueva York. En otras palabras: los inmigrantes que llegan al país después de atravesar miles de kilómetros de océano. Tales imágenes influyen en la actitud hacia los inmigrantes y la política de inmigración oficial. Pero esas imágenes tienen poco o nada que ver con la inmigración mexicana. Ahora, EE UU está viviendo la llegada masiva de personas desde un país pobre y contiguo, cuya población es más de un tercio de la suya. Entran a través de una frontera de 3.500 kilómetros, históricamente delimitada por una línea en el suelo y un río poco profundo, nada más. Es una situación única, desde el punto de vista estadounidense y mundial. Ningún otro país del Primer Mundo comparte una frontera terrestre tan extensa con otro del Tercer Mundo. Y la trascendencia de esta larga frontera queda aún más patente por las diferencias económicas entre ambos. "La diferencia de ingresos entre EE UU y México", destaca el historiador de la Universidad

de Stanford David Kennedy, "es la mayor que existe entre dos países contiguos en el mundo". La contigüidad permite a los inmigrantes mexicanos permanecer en íntimo contacto con sus familias, sus amigos y sus lugares de origen, en mucha mayor medida que los procedentes de otros países.

Escala | Las causas de la inmigración mexicana, como de otras, están en la dinámica demográfica, económica y política del país de origen y los atractivos económicos, políticos y sociales de EE UU. Pero es evidente que la contigüidad fomenta la migración. Desde 1965, la inmigración mexicana ha aumentado sin cesar. En los 60 entraron legalmente en EE UU unos 640.000 mexicanos; en los 80, 1.656.000, y en los 90, 2.249.000. Es esas tres décadas, los mexicanos representaron, respectivamente, el 14%, el 23% y el 25% de la inmigración legal total. Estos porcentajes no pueden equipararse con los inmigrantes de Irlanda entre 1820 y 1860 o de Alemania en las décadas de 1850 y 1860. Pero son índices elevados en comparación con la enorme variedad de países de origen de los inmigrantes antes de la Primera Guerra Mundial y otros inmigrantes contemporáneos. A ellos hay que añadir, además, el gran número de mexicanos que entran ilegalmente cada año. Desde los 60, el número de extranjeros en EE UU ha aumentado enormemente; asiáticos y latinoamericanos han sustituido a europeos y canadienses, y la diversidad de países de origen ha dado paso al predominio de uno de ellos: México (ver cuadro en página 23). En 2000, los inmigrantes mexicanos representaban el 27,6% de la población de Estados Unidos nacida en el extranjero. Los dos contingentes sucesivos, chinos y filipinos, no eran más que el 4,9% y el 4,3% de dicho grupo.

En los 90, los mexicanos representaron más de la mitad de los nuevos inmigrantes latinoamericanos, y en 2000, los hispanos fueron, aproximadamente, la mitad de todos los inmigrantes en el EE UU continental. Ese mismo año, los hispanos eran el 12% de la población total del país. Entre 2000 y 2003, el grupo creció casi en un 10%, y ahora ha superado a los negros. Se calcula que para 2050 los hispanos pueden constituir un 25% de la población. Estos cambios no se deben sólo a la inmigración, sino también a la natalidad. En 2002, los índices de natalidad en EE UU se calculaban en un 1,8% para los blancos no hispanos, un 2,1% para los negros y un 3% para los hispanos. "Es característico de los países en desarrollo", observaba *The Economist* en 2002. "A medida que la gran masa de hispanos llegue a la edad fértil, en una o dos décadas, la proporción hispana de la población estadounidense se disparará".

A mediados del siglo XIX, la inmigración que entraba en el país estaba dominada por anglohablantes procedentes de las islas Británicas. Las oleadas anteriores a la Primera Guerra Mundial fueron muy variadas desde el punto de vista lingüístico, con numerosos hablantes de italiano, polaco, ruso, yídish, inglés, alemán, sueco y otros idiomas. Pero ahora, por primera vez en la historia de Estados Unidos, la mitad de los que llegan hablan una misma lengua que no es el inglés.

Ilegalidad | La entrada ilegal en EE UU es, sobre todo, un fenómeno posterior a 1965, y fundamentalmente mexicano. Durante casi un siglo, tras la aprobación de la Constitución, no hubo leyes nacionales que restringieran ni prohibieran la inmigración, y sólo algunos Estados impusieron unos límites modestos. Durante 90 años, la inmigración ilegal fue mínima y sencilla de controlar. La ley de inmigración de 1965, la mayor facilidad de transporte y la intensificación de las fuerzas que promovían la inmigración mexicana alteraron la situación por completo. Las detenciones realizadas por la guardia estadounidense de fronteras pasaron de 1,6 millones en los 60 a 8,3 millones en los 70, 11,9 millones en los 80 y 14,7 millones en los 90. Los cálculos sobre el número de mexicanos que entran ilegalmente cada año van de 105.000 (según una

comisión mixta México-estadounidense) a 350.000 durante los 90 (según el Servicio de Inmigración y Nacionalización estadounidense).

La ley para la reforma y el control de la inmigración (1986) contenía disposiciones para legalizar a los inmigrantes ilegales ya existentes y reducir la futura inmigración ilegal con sanciones a los empresarios y otros métodos. El primer objetivo se cumplió: alrededor de 3,1 millones de ilegales, de los que, aproximadamente, el 90% procedía de México, obtuvieron la carta verde, la residencia legal. Ahora bien, el segundo objetivo se resiste. Los cálculos sobre el total de inmigrantes ilegales en EE UU pasaron de cuatro millones en 1995 a seis millones en 1998, siete millones en 2000 y entre ocho y diez en 2003. En 1990, los mexicanos representaban el 58% de la población ilegal total; en 2000, se calcula que había 4,8 millones de mexicanos ilegales (el 69%). Ese mismo año, los mexicanos ilegales en EE UU eran 25 veces más numerosos que el siguiente grupo, los salvadoreños.

Concentración regional | Los padres fundadores de EE UU pensaron que la dispersión de los inmigrantes era esencial para su asimilación. Ésa ha sido, y sigue siendo, la costumbre para la mayoría de los inmigrantes no hispanos. Estos últimos, en cambio, tienden a concentrarse por regiones: mexicanos en el sur de California, cubanos en Miami, dominicanos y puertorriqueños (éstos, técnicamente, no son inmigrantes) en Nueva York. Cuanto más se concentran los inmigrantes, más lenta e incompleta es su asimilación.

*No existe el sueño americano, sólo el  
American dream creado por una  
sociedad angloprotestante*

En los 90, las proporciones de hispanos siguieron aumentando en las regiones de mayor concentración. Y, al mismo tiempo, tanto los mexicanos como otros hispanos empezaron a establecerse en lugares distintos. Aunque el número absoluto sigue siendo pequeño, los Estados con mayor incremento proporcional de la población hispana entre 1990 y 2000 fueron, en orden decreciente: Carolina del Norte (un aumento del 449%), Arkansas, Georgia, Tennessee, Carolina del Sur, Nevada y Alabama (222%). Asimismo, los hispanos se han asentado en determinadas ciudades de todo el país. Por ejemplo, en 2003, más del 40% de la población de Hartford (Connecticut) era hispana (sobre todo, puertorriqueña), por encima del 38% de negros. "Hartford -proclamó el primer alcalde hispano de la ciudad- se ha convertido en una ciudad latina, prácticamente. Es una señal de lo que está por venir", con un uso creciente del español como lengua comercial y de gobierno.

No obstante, las mayores concentraciones de hispanos se encuentran en el suroeste, sobre todo en California. En el año 2000, casi dos tercios de los mexicanos vivían en el Oeste, y casi la mitad en dicho Estado. Por supuesto, el área de Los Ángeles cuenta con inmigrantes de muchos países, incluidos Corea y Vietnam. Pero los países de origen de la población inmigrante en California son muy distintos a los del resto de EE UU, y un solo país, México, supera a todos los inmigrantes procedentes de Europa y Asia. En Los Ángeles, los hispanos -mayoritariamente mexicanos- son mucho más numerosos que los demás grupos. En 2000, el 64% de los hispanos de esa ciudad eran de origen mexicano, y el 45,6% de sus habitantes eran hispanos, y sólo un 29,7%, blancos no hispanos. Se calcula que en 2010 los hispanos constituirán en esa ciudad más de la mitad de la población.

La mayoría de los grupos inmigrantes tienen tasas de natalidad superiores a la población nativa y, por eso, sus efectos se perciben con fuerza en las escuelas. En Nueva York, por ejemplo, la enorme variedad de su inmigración hace que los profesores tengan clases cuyos estudiantes hablan 20 idiomas distintos en sus casas. Por el

contrario, en muchas ciudades del sur-oeste, los hispanos son una gran mayoría en las aulas. "Ningún sistema escolar en una gran ciudad de Estados Unidos ha experimentado jamás una afluencia tan grande de alumnos procedentes de un solo país extranjero", decían los politólogos Katrina Burgess y Abraham Lowenthal sobre Los Ángeles en su estudio de las relaciones entre México y California. "Las escuelas de Los Ángeles se están volviendo mexicanas". En 2002, más del 70% de los estudiantes de la ciudad eran hispanos, predominantemente mexicanos, y la proporción seguía aumentando. Los blancos no hispanos formaban el 10% del alumnado. En 2003, por primera vez desde la década de 1850, la mayoría de los recién nacidos en California fueron hispanos.

Persistencia | En el pasado, las oleadas de inmigrantes acabaron por disminuir, las proporciones procedentes de cada país sufrieron enormes fluctuaciones y, a partir de 1924, la inmigración se redujo a un goteo. En cambio, la oleada actual no da señales de decaer, y da la impresión de que las condiciones que generan el gran componente mexicano van a continuar, de no producirse una gran guerra o una recesión. A largo plazo, la inmigración mexicana quizá pueda disminuir cuando el bienestar económico de México se acerque al de EE UU. Sin embargo, en 2002, el PIB per cápita de Estados Unidos era, aproximadamente, el cuádruple del de México (en términos de poder adquisitivo). Si esa diferencia se redujera a la mitad, los incentivos económicos para la inmigración también podrían reducirse de forma drástica. Ahora bien, para alcanzar ese nivel en un futuro próximo, México tendría que experimentar un crecimiento económico rapidísimo, mucho más rápido que el de Estados Unidos. Pero ni siquiera un acontecimiento económico de tal calibre tendría por qué disminuir el impulso de emigrar. Durante el siglo XIX, cuando Europa estaba industrializándose a toda velocidad y las rentas per cápita estaban en aumento, 50 millones de europeos emigraron a las Américas, Asia y África.

Presencia histórica | Ningún otro grupo inmigrante en la historia de Estados Unidos ha reivindicado o podría reivindicar derechos históricos sobre su territorio. Los mexicanos y los estadounidenses de origen mexicano, sí. Casi todo Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada y Utah formaban parte de México hasta que este país los perdió como consecuencia de la guerra de independencia de Texas, en 1835-1836, y la guerra entre México y Estados Unidos, en 1846-1848. México es el único país que Estados Unidos ha invadido para ocupar su capital -sus marines llegaron hasta los "salones de Moctezuma"- y anexionarse la mitad de su territorio. Los mexicanos no lo olvidan. Como es comprensible, sienten que tienen derechos especiales sobre esos lugares. "A diferencia de otros inmigrantes", dice el politólogo de Boston College Peter Skerry, "los mexicanos llegan procedentes de una nación vecina que sufrió una derrota militar a manos de Estados Unidos y se establecen, sobre todo, en una región que, en otro tiempo, fue parte de su país (...) Los habitantes de origen mexicano tienen una sensación de estar en casa que no comparten otros inmigrantes".

En alguna ocasión, los especialistas han sugerido que el suroeste podría convertirse en el Quebec de EE UU. Ambas regiones están habitadas por católicos y fueron conquistadas por angloprotestantes, pero, por lo demás, tienen poco en común. Quebec está a 4.500 kilómetros de Francia, y no hay cientos de miles de franceses que intenten entrar cada año en la región, ni legal ni ilegalmente. La historia demuestra que, cuando la gente de un país empieza a referirse al territorio de un país vecino en términos posesivos y a reivindicar derechos especiales sobre él, hay serias posibilidades de conflicto.

# Un proceso de asimilación fracasado

## Educación

La educación de las personas de origen mexicano en EE.UU. está muy por detrás de la media estadounidense. En 2000, el 86,6% de los nativos habían terminado sus estudios secundarios. Los índices para la población nacida en el extranjero variaban desde el 94,9% de los africanos, el 83,8% de los asiáticos o el 49,6% de los latinoamericanos en general, hasta el 33,8% de los mexicanos.

### Educación de los estadounidenses de origen mexicano por generaciones (1989-99)

|                              | 1ª   | 2ª   | 3ª   | 4ª   | Estadounidenses* |
|------------------------------|------|------|------|------|------------------|
| Sin estudios secundarios (%) | 69,9 | 51,5 | 33,0 | 41,0 | 23,5             |
| Con estudios secundarios (%) | 24,7 | 39,2 | 58,5 | 49,4 | 30,4             |
| Con estudios superiores (%)  | 5,4  | 9,3  | 8,5  | 9,6  | 45,1             |

\* Todos los estadounidenses excepto los de origen mexicano, 1990.  
Fuente: Nicolás D. De la Garza, Angela Fábila, P. Chris Garcia, y John García's Mexican Immigrants, Mexican Americans, and American Political Culture, en Immigration and Ethnicity: The Integration of America's Newest Arrivals (Lanham: Rowman & Littlefield, 1996); de Data Entrepreneur y Jeffrey S. Passell (eds.), y Census of Population: Persons of Hispanic Origin in the United States, 2000 (Oficina del censo estadounidense, Washington).

## Matrimonios mixtos

En 1977, el 31% de los matrimonios con al menos un cónyuge hispano celebrados en EE.UU. eran mixtos, pero sólo el 25,5% en 1994 y el 28,3% en 2000. Puesto que el número absoluto de inmigrantes mexicanos crece y éstos tienen una alta tasa de natalidad, las posibilidades de que se casen entre ellos aumentarán.

### Porcentaje de mujeres hispanas y asiáticas casadas con hombres de diferente grupo étnico

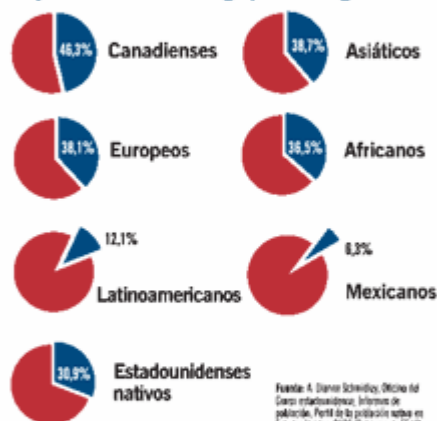
|                        | Asiáticas | Hispanas |
|------------------------|-----------|----------|
| Primera generación (%) | 18,6      | 8,4      |
| Segunda generación (%) | 29,2      | 26,4     |
| Tercera generación (%) | 41,5      | 33,2     |

Fuente: Gregory Rodriguez, From Immigrants to New Americans: The successful integration of immigrants into American Society (National Immigration Forum, Washington, 1993); see also Census Population Survey, June of 1994 (Oficina del Censo estadounidense, Washington, 1994).

## Situación económica

Los inmigrantes mexicanos y los americanos de origen mexicano se encuentran por debajo del resto de la nación y otros inmigrantes en una variedad de indicadores económicos, incluyendo ocupaciones directivas y profesionales, propiedad inmobiliaria e ingresos familiares.

### Puestos profesionales y directivos como porcentaje de empleados de los distintos grupos de inmigrantes (2000)



Fuente: A. Danne Schreckles, Oficina del Censo estadounidense, Ingresos de población. Perfil de la población nativa en Estados Unidos, 2000 (Gobierno de EE.UU., Printing Office, Washington, DC, 2002).

### Propiedad inmobiliaria e ingresos de los estadounidenses de origen mexicano, por generaciones (1989-99)

|   | 1ª   | 2ª   | 3ª   | 4ª   | Estadounidenses |
|---|------|------|------|------|-----------------|
| Propietarios (%)                                | 30,6 | 58,6 | 55,1 | 40,3 | 64,1*           |
| Ingresos familiares de 50.000 dólares o más (%) | 7,1  | 10,5 | 11,2 | 10,7 | 24,8**          |

\* 1970, excluye a los de origen mexicano. \*\* 1990, se incluye a los de origen mexicano.  
Fuente: De la Garza et al., 1994; Census Population Survey, June of 1994 (Oficina del Censo, Washington); y Census of Population: Persons of Hispanic Origin in the United States, 1990.

## EL 'SPANGLISH', SEGUNDA LENGUA

En el pasado, los inmigrantes salían del otro lado del océano y solían superar terribles obstáculos y penalidades para poder llegar a Estados Unidos. Venían de muchos países diferentes, hablaban distintas lenguas y llegaban de forma legal. Su flujo varió con el tiempo: hubo importantes reducciones como consecuencia de la Guerra de Secesión, la Primera Guerra Mundial y la legislación restrictiva de 1924. Solían repartirse por numerosos enclaves en zonas rurales y grandes ciudades del noreste y el medio oeste del país. Y no reivindicaban ningún derecho histórico a partes del territorio estadounidense.

La inmigración mexicana es totalmente distinta en todos estos aspectos. Y esas diferencias hacen que la integración de los mexicanos en la cultura y la sociedad estadounidenses sea mucho más difícil que en el caso de otros inmigrantes anteriores. Una diferencia que llama especialmente la atención es lo lejos que están todavía los inmigrantes mexicanos de tercera y cuarta generación de la media de Estados Unidos en educación, situación económica y número de matrimonios mixtos (ver cuadros en la siguiente página).

*En 1998, José sustituyó a Michael como nombre más popular para los*

*recién nacidos, tanto en California  
como en Texas*

La dimensión, la persistencia y la concentración de la inmigración hispana ayuda a perpetuar el uso del español generación tras generación. Los datos sobre el aprendizaje del inglés y el mantenimiento del español entre los inmigrantes son limitados y ambiguos. No obstante, en 2000, más de 28 millones de personas en Estados Unidos hablaban español en el hogar (el 10,5% de la población mayor de cinco años) y, de ellos, casi 13,8 millones hablaban inglés "no muy bien", un aumento del 66% respecto a 1990. Según un informe de la Oficina del Censo, en 1990, aproximadamente, el 95% de los inmigrantes mexicanos hablaba español en casa; el 73,6% no hablaba inglés muy bien, y el 43% de los inmigrantes nacidos en México estaba "aislado lingüísticamente". Un estudio anterior en Los Ángeles había dado resultados diferentes en la segunda generación, nacida ya en Estados Unidos. Sólo el 11,6% hablaba sólo español o más español que inglés, el 25,6% hablaba las dos lenguas por igual, el 32,7% más inglés que español y el 30,1% sólo inglés. En ese mismo estudio, más del 90% de los mexicanos nacidos en EE UU hablaban inglés con fluidez. Sin embargo, en 1999, había alrededor de 753.505 alumnos en las escuelas del sur de California, presumiblemente inmigrantes de segunda generación, que hablaban español en casa y tenían dificultades con el inglés.

Es decir, el uso fluido del inglés entre los mexicanos de primera y segunda generación parece seguir las mismas pautas que entre otros inmigrantes del pasado. Pero sigue habiendo dos interrogantes. Primero, ¿han variado, a lo largo del tiempo, la adquisición del inglés y el mantenimiento del español entre los inmigrantes mexicanos de segunda generación? Podría suponerse que, con la rápida expansión de la comunidad inmigrante procedente de México, la gente de origen mexicano debería tener menos incentivos para hablar bien inglés en 2000 que en 1970. Segundo, ¿seguirá la tercera generación el modelo clásico de hablar bien inglés y saber poco o mal español, o mantendrá el mismo dominio de los dos idiomas que la segunda generación? Los inmigrantes de segunda generación, a menudo, desprecian y rechazan su lengua materna, y se sienten avergonzados ante la incapacidad de sus padres de comunicarse en inglés. Es de suponer que el hecho de que los mexicanos de segunda generación tengan o no esta actitud influirá en que la tercera generación pueda conservar o no su español. Si la segunda generación no rechaza el español de plano, lo más normal es que sus hijos también sean bilingües, y es probable que el dominio de las dos lenguas se institucionalice en la comunidad estadounidense de origen mexicano.

La conservación del español también se ve reforzada por la abrumadora mayoría (entre el 66% y el 85%) de inmigrantes mexicanos, e hispanos en general, que hacen hincapié en la necesidad de que sus hijos hablen bien español. Su actitud contrasta con las de otros grupos inmigrantes. El Centro de Pruebas Educativas, con sede en Nueva Jersey, afirma que existe "una diferencia cultural entre los padres asiáticos y los hispanos a la hora de hacer que sus hijos mantengan la lengua materna". En parte, desde luego, dicha diferencia se debe al tamaño de las comunidades hispanas, que ofrecen incentivos para hablar la lengua materna con fluidez. Aunque los inmigrantes mexicanos e hispanos de segunda y tercera generación dominan el inglés, se apartan del modelo normal porque mantienen también su dominio del español. Los mexicanos de segunda o tercera generación que se educan sólo en inglés aprenden español ya de adultos, y animan a sus hijos a que lo hablen correctamente. El dominio del español, dice el catedrático de la Universidad de Nuevo México F. Chris García, es "lo que le enorgullece a cualquier hispano, lo que quiere proteger y fomentar".

Se puede alegrar que, en un mundo cada vez más reducido, todos los estadounidenses deberían hablar, al menos, una lengua extranjera importante -chino,



japonés, hindi, ruso, árabe, urdu, francés, alemán o español- para poder comprender otra cultura y comunicarse con su gente. Pero otra cosa distinta es afirmar que tienen que aprender una lengua distinta del inglés para poder comunicarse con otros compatriotas. Y, sin embargo, eso es lo que pretenden los defensores del español. Fortalecidos por el aumento de su población y su influencia, los dirigentes hispanos pretenden transformar Estados Unidos en una sociedad bilingüe. "El inglés no basta"-dice Osvaldo Soto, presidente de la Liga Hispano-americana contra la discriminación-; no queremos una sociedad monolingüe". Del mismo modo, el catedrático de Literatura de Duke University (e inmigrante chileno) Ariel Dorfman pregunta: "¿Este país va a hablar dos idiomas o sólo uno?". Y su respuesta, desde luego, es que tiene que hablar dos.

Las organizaciones de hispanos trabajan activamente para convencer al Congreso de Estados Unidos de que autorice programas de protección cultural dentro de la educación bilingüe; como consecuencia, los niños tardan en incorporarse a las clases normales. El gran número de inmigrantes que llegan sin cesar hace que a los hispanohablantes de Nueva York, Miami o Los Ángeles les sea cada vez más fácil vivir a diario sin necesidad de hablar inglés. El 65% de los niños que reciben educación bilingüe en Nueva York son hispanohablantes y, por tanto, tienen poco o ningún motivo para usar el inglés en la escuela.

Los programas en dos idiomas, que van un poco más allá de la educación bilingüe, son cada vez más populares. En dichos programas, los alumnos reciben clases tanto en inglés como en español, en alternancia, con el fin de hacer que los angloparlantes dominen el español y los hispanohablantes dominen el inglés. Es decir, se equipara al español con el inglés y se convierte a Estados Unidos en un país con dos lenguas. En su discurso de marzo de 2000, el entonces secretario de Educación estadounidense, Richard Riley, dio su apoyo explícito a estos programas: "Excelencia para todos- Excellence for all". Las organizaciones de derechos civiles, las autoridades religiosas (especialmente católicas) y numerosos políticos (tanto republicanos como demócratas) respaldan este movimiento hacia el bilingüismo. También lo apoyan -y es quizá tan importante como lo anterior- los grupos comerciales que pretenden quedarse con el mercado hispano. Es más, la orientación de las empresas estadounidenses hacia los clientes hispanos hace que necesiten cada vez más empleados bilingües, por lo que el bilingüismo influye en los salarios. En ciudades del suroeste como Phoenix y Las Vegas, los policías y bomberos bilingües cobran más que los que sólo hablan inglés. En Miami, según las conclusiones de un estudio realizado, las familias que sólo hablan español tienen unos ingresos medios de 18.000 dólares; las que sólo hablan inglés tienen ingresos medios de 32.000 dólares, y las familias bilingües ganan más de 50.000 dólares. Por primera vez en la historia de Estados Unidos, cada vez hay más ciudadanos (sobre todo negros) que no pueden conseguir el trabajo o sueldo que sería de esperar porque sólo pueden comunicarse en inglés.

Los problemas sociales y culturales específicos que plantea la inmigración mexicana en EE UU no han llamado mucho la atención ni han sido objeto de grandes discusiones, pero muchos especialistas llevan años advirtiendo sobre ellos. En 1983, el destacado sociólogo Morris Janowitz señalaba la "fuerte resistencia de los residentes de habla hispana a la aculturación", y afirmaba que "lo que distingue a los mexicanos de otros grupos inmigrantes es la constante resistencia de sus lazos comunitarios".

Como consecuencia, "los mexicanos, junto con otras poblaciones de habla hispana, están creando una bifurcación en la estructura sociopolítica de EE UU que coincide, aproximadamente, con las divisiones por

nacionalidades". Otros especialistas han destacado que la dimensión, persistencia y concentración regional de la inmigración mexicana son obstáculos para la asimilación. En 1997, los sociólogos Richard Alba y Víctor Nee señalaron que la interrupción de las grandes oleadas de inmigración durante cuatro décadas, desde 1924, "garantizó casi por completo el debilitamiento de las culturas y las comunidades étnicas a lo largo del tiempo". Ahora, si prosiguen los niveles actuales de inmigración latinoamericana" se creará un contexto étnico fundamentalmente distinto del que encontraron los descendientes de los inmigrantes europeos, pues las nuevas comunidades tienen más probabilidades de seguir siendo numerosas, llenas de vida cultural y ricas en instituciones". En la situación actual, coincide el sociólogo Douglas Massey, "el carácter étnico estará, en proporción, más determinado por los inmigrantes y menos por las generaciones posteriores, con lo que el equilibrio de la identidad étnica reposará más en la lengua, la cultura y las formas de vida de la sociedad de origen".

"Un flujo constante de recién llegados", sostienen los demógrafos Barry Edmonston y Jeffrey Passel, "especialmente en barrios mayoritariamente de inmigrantes, mantiene la lengua viva para ellos y sus hijos". Por último, el especialista del Instituto Americano de Empresa Mark Falcoff observa que, como "la población de habla hispana se repone sin cesar con recién llegados, más rápido de lo que se asimila", el uso generalizado del español en EE UU "es una realidad que no puede cambiarse, ni siquiera a largo plazo".

-S. H.

En los debates de política lingüística, el difunto senador republicano de California S. I. Hayakawa destacó, en una ocasión, que los hispanos eran los únicos que se oponían al inglés. "¿Por qué los filipinos o los coreanos no se oponen a que el inglés sea la lengua oficial? Ni los japoneses. Ni los vietnamitas, desde luego, que están encantados de estar aquí. Se apresuran a aprender inglés y se dedican a ganar concursos de deletreo en todo el país. Los hispanos son los únicos que afirman que existe un problema. Ha habido un movimiento importante para conseguir que el español sea la segunda lengua oficial".

Si la expansión del español como segunda lengua de EE UU sigue adelante, con el tiempo podría tener serias consecuencias para la política y el gobierno. En muchos Estados, quizá, los aspirantes a cargos públicos tendrían que hablar ambos idiomas. Los candidatos bilingües a la presidencia y otros cargos federales electos tendrían ventaja sobre los que sólo hablasen inglés. Si la educación en dos idiomas se extiende en las escuelas primarias y secundarias, cada vez se exigirá más a los profesores que sean bilingües. Los documentos y formularios oficiales quizá tengan que publicarse siempre en los dos idiomas. Tal vez se aceptaría el uso de ambas lenguas en los comités y plenos del Congreso, y, en general, en las actividades de la Administración. Como la mayoría de las personas cuya lengua materna es el español, seguramente, sabrán algo de inglés, los angloparlantes que no sepan español estarán en desventaja a la hora de conseguir trabajo, ascensos y contratos (ver despiece).

En 1917, el ex presidente estadounidense Theodore Roosevelt dijo: "Debemos tener una sola bandera. Y debemos tener una sola lengua. Que debe ser la lengua de la Declaración de Independencia, el discurso de despedida de Washington, la proclamación de Lincoln en Gettysburg y su segunda toma de posesión". En cambio, en junio de 2000, el presidente Bill Clinton aseguró: "Confío en ser el último presidente de Estados Unidos que no sepa hablar español". Y en mayo de 2001, el presidente Bush

celebró la fiesta nacional del 5 de mayo pronunciando su alocución semanal en la radio, por primera vez, en inglés y español. En septiembre de 2003, uno de los primeros debates entre los candidatos presidenciales del Partido Demócrata también se celebró en inglés y español. A pesar de la oposición de muchos estadounidenses, el español se está aproximando a la lengua de Washington, Jefferson, Lincoln, los Roosevelt y los Kennedy como idioma de Estados Unidos. Si la tendencia continúa, la división cultural entre hispanos y anglos puede llegar a sustituir a la división racial entre negros y blancos y convertirse en la escisión más grave de la sociedad estadounidense.

### **¿La amenaza del nacionalismo blanco?**

En el filme de 1993 *Un día de furia*, Michael Douglas encarna a un antiguo empleado de una empresa del sector de la defensa que reacciona ante las humillaciones que, en su opinión, le impone una sociedad multicultural. "Desde la primera escena, escribió David Gates en *Newsweek*, la película enfrenta a Douglas -la imagen de una recitud obsoleta: camisa blanca, corbata, gafas y corte de pelo a cepillo- contra una coalición multicolor de habitantes de Los Ángeles". "Es una visión estereotipada del hombre blanco acosado en un EE UU multicultural".

Una reacción posible ante los cambios demográficos que están produciéndose en EE UU podría ser un movimiento contra los hispanos, los negros y los inmigrantes, compuesto, sobre todo, por varones blancos de clase media y baja, en protesta por la pérdida de empleos que van a parar a los inmigrantes y a otros países, la perversión de su cultura y el desplazamiento de su lengua. Podríamos denominarlo "nacionalismo blanco".

"Estos defensores de la raza blanca, de nuevo cuño, no tienen nada que ver con los políticos populistas y los encapuchados del Klan en el viejo sur", escribe Carol Swain en *The New White Nationalism in America*, de 2002. Los nuevos nacionalistas blancos no defienden la supremacía de la raza blanca, sino que creen en la supervivencia racial y afirman que la cultura es producto de la raza. Sostienen que estos cambios anuncian la sustitución de la cultura blanca por otra negra o mestiza, intelectual y moralmente inferior.

Dichas inquietudes se basan en los cambios en el equilibrio racial. Los blancos no hispanos han pasado de ser el 76,5% de la población en 1990 al 69,1% en 2000. En California -como en Hawai, Nuevo México y el distrito de Columbia-, hoy, los blancos no hispanos son minoría. Los demógrafos predicen que en 2040 los blancos no hispanos quizá sean minoría en todo EE UU. Además, desde hace varias décadas, los grupos de intereses y las autoridades han promovido preferencias raciales y acciones de discriminación positiva que favorecen a los negros y a los inmigrantes no blancos. Mientras, las políticas de globalización se han llevado puestos de trabajo fuera del país, han incrementado la desigualdad de rentas y han facilitado el descenso del salario real para los estadounidenses de clase trabajadora.

Cuando un grupo social, étnico, racial o económico sufre o cree sufrir pérdidas de poder y categoría, casi siempre, se esfuerza para dar la vuelta a la situación. En 1961, la población de Bosnia-Herzegovina era un 43% serbia y un 26% musulmana. En 1991, era un 31% serbia y un 44% musulmana. Los serbios respondieron con la limpieza étnica. En 1990, la población de California estaba formada por un 57% de blancos no hispanos y un 26% de hispanos. Se prevé que para 2040 sea un 31% de blancos no

hispanos y un 48% de hispanos. La posibilidad de que los blancos californianos reaccionen como los serbobosnios es nula. Pero la posibilidad de que no reaccionen también es nula ya que han reaccionado, al aprobar iniciativas contra las prestaciones para los inmigrantes ilegales, la discriminación positiva y la educación bilingüe, además de los blancos que abandonan el Estado.

La industrialización de finales del siglo XIX provocó pérdidas para los agricultores estadounidenses y empujó a crear grupos agrarios de protesta, como el Movimiento Populista, la Grange (la organización agrícola nacional más antigua del país), la Liga Nopartisana y la Federación Estadounidense del Campo. Hoy, los nacionalistas blancos podrían preguntarse: si los negros y los hispanos se organizan y hacen presión para obtener privilegios especiales, ¿por qué no los blancos? Si la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color y el Consejo Nacional de la Raza son organizaciones legítimas, ¿por qué no va a serlo una organización nacional en defensa de los intereses blancos? El nacionalismo blanco es "la próxima etapa lógica de la política de la identidad en EE UU", afirma Swain, y eso coloca al país "en grave peligro de sufrir un conflicto racial a gran escala, sin precedentes en la historia de nuestra nación".

-S. H.

## LA SANGRE ANTES QUE LAS FRONTERAS

Hay grandes zonas del país cuya lengua y cuya cultura se están volviendo mayoritariamente hispanas, y el país, en general, está pasando a ser bilingüe y bicultural. La principal zona en la que está avanzando rápidamente la hispanización, por supuesto, es el suroeste. Como afirma el historiador Kennedy, los estadounidenses de origen mexicano en el suroeste tendrán pronto "la suficiente coherencia y masa crítica, en una región delimitada, para poder conservar su cultura particular, si lo desean, indefinidamente. También podrían intentar lo que no habría soñado ningún grupo anterior de inmigrantes: desafiar a los actuales sistemas cultural, político, legal, comercial y educativo, para cambiar (...) no sólo la lengua, sino las instituciones en las que trabajan".

Abundan las anécdotas que indican esa tendencia. En 1994, los estadounidenses de origen mexicano se manifestaron enérgicamente contra la Proposición 187 de California -que limitaba las prestaciones de Seguridad Social a los hijos de inmigrantes ilegales- recorriendo las calles de Los Ángeles mientras ondeaban decenas de banderas mexicanas y volvían boca abajo las de EE UU. En 1998, en un partido de fútbol entre México y EE UU en esa misma ciudad, los mexicanos abuchearon el himno nacional estadounidense y atacaron a los jugadores de la selección. Y esas acciones de rechazo tan espectaculares no son exclusivamente obra de una minoría extrema dentro de la comunidad de inmigrantes mexicanos. Muchos no parecen identificarse, ni ellos ni sus hijos, con Estados Unidos.

Hay pruebas empíricas que confirman esa impresión. En 1992, un estudio realizado entre hijos de inmigrantes en el sur de California y el sur de Florida planteaba la siguiente pregunta: "¿Con qué te identificas; es decir, qué te consideras?" Ningún hijo nacido en México contestó "estadounidense", frente al porcentaje de entre un 1,9% y un 9,3% de los procedentes de otros lugares de Latinoamérica y el Caribe. Entre los hijos nacidos en México, el mayor porcentaje (41,2%) era el de los que se identificaban como "hispanos" y el segundo grupo (36,2%) el de los que escogían "mexicanos". Entre los hijos de mexicanos nacidos en EE UU, menos del 4% respondió "estadounidense",

frente al 28,5%-50% de los nacidos de padres procedentes de otros lugares de Latinoamérica. En la inmensa mayoría de los casos, los niños mexicanos no escogieron "estadounidense" como identificación fundamental (ni los nacidos en México ni los nacidos en Estados Unidos).

Desde el punto de vista demográfico, social y cultural, la reconquista del suroeste del país por los inmigrantes mexicanos está en marcha. No parece probable que se tomen medidas serias para unificar esos territorios con México, pero Charles Truxillo, de la Universidad de Nuevo México, predice que en 2080 los Estados del suroeste de EE UU y los Estados del norte de México habrán constituido la República del Norte. Algunos autores denominan a esa zona "Mexamérica", "Amexica" o "Mexifornia". "En este valle, somos todos mexicanos", declaró un antiguo comisionado del condado de El Paso (Texas) en 2001.

Esta tendencia podría consolidar las áreas de Estados Unidos con predominio mexicano en un bloque autónomo, cultural y lingüísticamente diferenciado y económicamente autosuficiente. "Tal vez estemos construyendo algo que obstruya el crisol", advierte el ex vicepresidente del Consejo Nacional de Información Graham Fuller, "una región y una agrupación étnica tan concentrada que no desee ni necesite asimilarse a la vida cotidiana (...), multiétnica y de habla inglesa". Existe ya un prototipo de esa región: Miami.

## **BIENVENIDO A MIAMI**

Miami es la más hispana de las grandes ciudades en los 50 Estados de la Unión. Durante 30 años, los hispanohablantes (fundamentalmente cubanos) han ido estableciendo su dominio prácticamente en todos los aspectos de la vida de la ciudad y han transformado por completo su composición étnica, su cultura, su política y su lengua. La hispanización de Miami no tiene precedentes en la historia de las ciudades estadounidenses.

El crecimiento económico de Miami, impulsado por los primeros inmigrantes cubanos, convirtió a la ciudad en un polo de atracción para inmigrantes procedentes de otros países de Latinoamérica y el Caribe. En 2000, dos tercios de los habitantes de Miami eran hispanos, y más de la mitad, cubanos o de ascendencia cubana. Ese año, el 75,2% de los habitantes adultos hablaban una lengua distinta del inglés en su casa, frente al 55,7% de Los Ángeles y el 47,6% de Nueva York. En Miami, de los que no hablaban inglés en casa, el 87,2% hablaba español. En 2000, el 59,5% de los residentes en Miami había nacido en el extranjero, frente al 40,9% de Los Ángeles, el 36,8% de San Francisco y el 35,9% de Nueva York. Ese mismo año, sólo el 31,1% de los residentes adultos decían hablar muy bien inglés, frente al 39% en Los Ángeles, el 42,5% en San Francisco y el 46,5% en Nueva York.

La revolución cubana tuvo enormes repercusiones en Miami. La clase dirigente y empresarial que huía del régimen de Castro en los 60 inició el espectacular desarrollo económico del sur de Florida. Como no podían enviar dinero a los suyos, invertían en Miami. El crecimiento de las rentas en esta ciudad fue, en promedio, de un 11,5% anual en los 70 y un 7,7% en los 80. En el condado de Miami-Dade, las nóminas se triplicaron entre 1970 y 1995. El impulso económico cubano convirtió a Miami en un motor económico internacional y provocó la expansión del comercio y las inversiones internacionales. Los cubanos promovieron el turismo internacional, que, en los 90, llegó a sobrepasar al turismo interior e hizo de Miami un centro fundamental en la industria de los cruceros. Grandes empresas estadounidenses de los sectores de la fabricación, las comunicaciones y los productos de consumo cerraron sus sedes para Latinoamérica en otras ciudades estadounidenses y latinoamericanas y las trasladaron a Miami. Surgió

una pujante comunidad de habla hispana en las artes y el espectáculo. Hoy, los cubanos pueden afirmar con legitimidad lo que dice el profesor Damián Fernández, de la Universidad Internacional de Florida -"Nosotros construimos la Miami moderna"-, e hicieron que su economía haya sobrepasado a la de muchos países latinoamericanos.

Un factor clave en esta evolución fue la expansión de los vínculos de Miami con Latinoamérica. A la ciudad llegaron brasileños, argentinos, chilenos, colombianos y venezolanos, y con ellos, su dinero. En 1993 se movieron en la ciudad unos 25.600 millones de dólares en comercio internacional, sobre todo relacionado con Latinoamérica. En todo el hemisferio, los latinoamericanos interesados por las inversiones, el comercio, la cultura, el espectáculo, las vacaciones y el narcotráfico empezaron a acudir, cada vez más, a Miami.

Esa posición tan destacada convirtió Miami en una ciudad hispana y dirigida por cubanos. Éstos, en contra de la tradición, no crearon ningún enclave inmigrante en un barrio concreto. Crearon una ciudad entera, con su propia cultura y su propia economía, donde la asimilación a la cultura estadounidense era innecesaria y, hasta cierto punto, indeseada. En 2000, el español no sólo era la lengua hablada en la mayoría de los hogares, sino que además era la lengua fundamental en el comercio, los negocios y la política. Los medios de comunicación cada vez eran más hispanos. En 1998, una televisión en lengua española alcanzó el primer puesto entre las más vistas por los habitantes de la ciudad, la primera vez que una cadena en lengua extranjera llegaba a ese puesto en una gran ciudad estadounidense. "Están al margen", decía un hispano triunfador a propósito de los no hispanos. "Aquí somos miembros de nuestra propia estructura de poder", presumía otro.

"En Miami no hay presiones para hacerse estadounidense", observa un sociólogo nacido en Cuba. "La gente puede vivir a la perfección en un enclave que habla español". En 1999, los principales directivos del mayor banco de Miami, la mayor empresa inmobiliaria y el mayor bufete de abogados eran cubanos o de ascendencia cubana. Y también establecieron su dominio en la política. En 1999, el alcalde de Miami, el jefe de policía y el fiscal del condado de Miami-Dade, además de dos tercios de la delegación de Miami en el Congreso de EE UU y casi la mitad de su cámara estatal, eran de origen cubano. Tras el caso de Elián González, en el año 2000, el administrador y el jefe de policía de Miami, que no eran hispanos, fueron sustituidos por cubanos.

El predominio cubano e hispano en Miami convirtió a los anglos (y a los negros) en minorías marginadas y a las que, con frecuencia, se podía ignorar. Sin poder comunicarse con los funcionarios de la Administración y ante la discriminación que ejercían los dependientes en las tiendas, los anglos empezaron a darse cuenta de lo que uno de ellos expresa así: "Dios mío, esto es ser una minoría". A los anglos les quedaban tres opciones. Podían aceptar su posición subordinada y su marginación o intentar adoptar los modos, las costumbres y la lengua de los hispanos e integrarse en su comunidad; la "aculturación a la inversa", lo llamaron los estudiosos Alejandro Portes y Alex Stepick. O podían irse de Miami; y, entre 1983 y 1993, lo hicieron 140.000 personas, un éxodo que fue reflejado en una pegatina de coche: "El último estadounidense que salga de Miami, por favor, que traiga la bandera".

## **DESPRECIO POR LA CULTURA**

¿Representa Miami el futuro de Los Ángeles y el sur-oeste de EE UU? Al final, puede que los resultados sean parecidos: la creación de una gran comunidad diferenciada, hispanohablante, con los suficientes recursos económicos y políticos para mantener su identidad hispana apartada de la identidad nacional de otros estadounidenses y, al mismo tiempo, capaz de influir en la política, el Gobierno y la

sociedad del país. Ahora bien, es posible que los procesos que desemboquen en esos resultados sean diferentes. La hispanización de Miami fue rápida y explícita, y estuvo impulsada por motivos económicos. La hispanización del suroeste es más lenta e implacable, y está impulsada por motivos políticos. La afluencia de cubanos a Florida era intermitente y dependía de la política del Gobierno cubano. La inmigración mexicana, por el contrario, es continua, incluye un gran componente ilegal y no parece disminuir. La población hispana (es decir, sobre todo mexicana) del sur de California es mucho más numerosa que la de Miami en cifras absolutas, pero todavía no ha alcanzado su proporción, si bien aumenta a toda velocidad. Los primeros inmigrantes cubanos en el sur de Florida eran, en su mayor parte, de clase media y alta. Luego llegaron otras oleadas de clase baja. En el suroeste, la inmensa mayoría de los inmigrantes mexicanos son pobres, sin cualificar y con escasa educación, y sus hijos se enfrentan a condiciones similares. Por consiguiente, las presiones para hispanizar el suroeste vienen de abajo, mientras que las del sur de Florida vienen de arriba. Aún así, a largo plazo, lo que importa son los números, sobre todo en una sociedad multicultural, una democracia política y una economía de mercado.

Otra gran diferencia radica en las relaciones de los cubanos y los mexicanos con sus países de origen. La comunidad cubana ha estado siempre unida por su hostilidad hacia el régimen de Castro; la comunidad mexicana ha tenido una actitud más ambivalente respecto al Gobierno de su país. No obstante, desde los 80, el objetivo del Gobierno mexicano es desarrollar la dimensión, la riqueza y el poder político de la comunidad mexicana en el suroeste de EE UU, e incorporar dicha población a la de México. "La nación mexicana se extiende más allá del territorio que delimitan sus fronteras", dijo en los 90 el entonces presidente mexicano Ernesto Zedillo. Su sucesor, Vicente Fox, llamó "héroes" a los emigrantes mexicanos, y se define a sí mismo como el presidente de 123 millones de mexicanos: 100 millones en México y 23 en EE UU.

A medida que aumentan en número, los estadounidenses de origen mexicano se sienten cada vez más cómodos dentro de sus valores y, a menudo, desprecian los de Estados Unidos. Exigen que se reconozcan su cultura y la identidad mexicana histórica del suroeste del país. Destacan y celebran su pasado hispano y mexicano, como ocurrió en 1998, en las ceremonias y festividades -a las que asistió el vicepresidente español Rodrigo Rato- organizadas en Madrid (Nuevo México) para conmemorar la creación, 400 años antes, de la primera colonia europea en el suroeste, casi diez años antes de Jamestown. Como informaba *The New York Times* en septiembre de 1999, la expansión hispana ha contribuido "a latinizar a muchos hispanos, a los que cada vez les cuesta menos reivindicar su pasado (...)". Hay un dato que anuncia el futuro: En 1998, "José" sustituyó a "Michael" como nombre más popular para los recién nacidos en California y Texas.

## **DIFERENCIAS IRRECONCILIABLES**

Los estadounidenses de origen mexicano se identifican cada vez más con su cultura y su identidad. La constante expansión numérica fomenta la consolidación cultural y hace que los inmigrantes mexicanos ensalcen -en vez de reducirlas al mínimo- las diferencias entre su cultura y la estadounidense. Como dijo en 1995 el presidente del Consejo Nacional de La Raza: "Nuestro mayor problema es un choque cultural, un choque entre nuestros valores y los de la sociedad estadounidense". Después explicó la superioridad de los valores hispanos sobre los anglos. Igual que Lionel Sosa, un próspero empresario estadounidense de origen mexicano, que en 1998, en Texas, elogió a la nueva clase de profesionales hispanos que tienen aspecto de anglos pero cuyos "valores siguen siendo muy distintos de los de un anglo".

Desde luego, como ha señalado el politólogo Jorge I. Domínguez, los estadounidenses de origen mexicano tienen una actitud más favorable hacia la democracia que los demás mexicanos. No obstante, existen "feroces diferencias" entre los valores culturales de EE UU y México, como observaba en 1995 Jorge Castañeda (posteriormente ministro mexicano de Exteriores). Castañeda citaba las diferencias en el ámbito social y económico, el carácter imprevisible, la concepción del tiempo simbolizada en el síndrome de mañana, la capacidad de obtener resultados rápidamente y la actitud respecto a la historia, expresada en "el tópico de que los mexicanos están obsesionados con la historia y los estadounidenses con el futuro". Sosa enumera varias características hispanas (muy distintas a las angloprotestantes) que "impiden el avance de los latinos": la desconfianza en la gente ajena a la familia; la falta de iniciativa, seguridad y ambición; la poca importancia que se da a la educación, y la aceptación de la pobreza como una virtud necesaria para entrar en el cielo. El autor Robert Kaplan cita a Alex Villa, un mexicano de tercera generación que vive en Tucson (Arizona) y dice que no conoce a casi nadie, en la comunidad mexicana del sur de Tucson, que cree que "la educación y el trabajo" son la vía hacia la prosperidad material y que, por tanto, esté dispuesto a "participar en EE UU".

Si continúa esta inmigración sin que mejore el proceso de asimilación, EE UU podría acabar siendo un país dividido en dos lenguas y dos culturas. Es el modelo que siguen algunas democracias estables y prósperas, como Canadá y Bélgica. Pero las diferencias culturales en esos países no son equiparables a las que hay entre EE UU y México, e incluso en esos lugares persisten las diferencias lingüísticas. No hay muchos canadienses angloparlantes que tengan el mismo dominio del inglés y el francés, y el Gobierno canadiense ha impuesto multas para conseguir que sus altos funcionarios hablan los dos idiomas. Lo mismo ocurre en Bélgica. La transformación de Estados Unidos en un país como éstos no tendría por qué ser el fin del mundo, pero sí sería el fin del país que conocemos desde hace tres siglos. Los estadounidenses no deben dejar que ocurra, a no ser que estén convencidos de que esa nueva nación sería mejor.

Una transformación así no sólo revolucionaría el país, sino que tendría serias consecuencias para los hispanos, que estarían en Estados Unidos pero no serían de EE UU. Sosa termina su libro, *El sueño americano* (Plume, 1998), con unas palabras de aliento para empresarios hispanos ambiciosos. "¿El sueño americano?", pregunta. "Existe, es realista y está al alcance de todos". Sosa se equivoca. No existe el sueño americano. Sólo existe el American dream creado por una sociedad angloprotestante. Si los estadounidenses de origen mexicano quieren participar en ese sueño y esa sociedad, tendrán que soñar en inglés.

### **Algo más**

El artículo de Samuel Huntington en *Foreign Affairs* (1993) que dio origen a su obra *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (Paidós, Barcelona, 1997), ha sido desde entonces, y sobre todo desde el 11-S, fuente de debate y controversia sobre un supuesto enfrentamiento entre la civilización occidental y el islam. Pero Huntington también hablaba de una civilización latinoamericana. *Mexifornia: A State of Becoming* (Encounter Books, San Francisco, 2003), de Victor Davis Hanson, de la California State University, predice también un dominio hispano a la Quebec que puede llevar a separatismos. Para consultar datos originales sobre la población hispana de Estados Unidos es imprescindible acceder a los últimos informes sobre la comunidad hispana de EE UU en la web de su Oficina del Censo:

([www.census.gov/pubinfo/www/multimedia/LULAC.html](http://www.census.gov/pubinfo/www/multimedia/LULAC.html)).



Roger Daniels ofrece una historia reciente de la política de inmigración de EE UU en *Guarding the Golden Door: American Immigrants and Immigration Policy since 1882* (Hill and Wang, Nueva York, 2003). El Centro de Estudios de Inmigración Comparativa de la Universidad de California-San Diego ha realizado un estudio sobre las consecuencias de esta política, disponible en [www.ccis-ucsd.org](http://www.ccis-ucsd.org).

Sobre la asimilación de los inmigrantes, ver Milton M. Gordon, *Assimilation in American Life: The Role of Race, Religion, and National Origins* (Oxford University Press, Nueva York, 1964). Richard Alba y Víctor Nee analizan los años 60 en *Remaking the American Mainstream: Assimilation and Contemporary Immigration* (Harvard University Press, Cambridge, 2003). El antropólogo español y experto en migraciones Tomás Calvo Buezas bucea en los problemas de la comunidad hispana de EE UU en “Puertorriqueños y otros hispanos: integración y desigualdad en una ciudad neoyorquina”, en *Muchas Américas: cultura, sociedad y política en América Latina* (Editorial Complutense/ICI-V Centenario, Madrid, 1990).

Sobre los problemas de la inmigración mexicana, consúltense los estudios incluidos en *Crossings: Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives* (Centro David Rockefeller de Estudios Latinoamericanos, Harvard University, Cambridge, 1998), editado por Marcelo M. Suárez-Orozco. Sobre las negociaciones entre Estados Unidos y México en torno al problema de la inmigración, véase el informe del Pew Hispanic Center *How many undocumented: The numbers behind the U.S. Migration Talks* en [www.pewhispanic.org](http://www.pewhispanic.org).

Otros aspectos de las relaciones entre EE UU y México se abordan en *The California-Mexico Connection* (eds. Abraham F. Lowenthal y Katrina Burgess, Stanford University Press, Stanford, 1993) y en *The United States and Mexico*, de Jorge I. Domínguez y R. Fernández de Castro (Routledge, Nueva York, 2001).

*Samuel Huntington es presidente de la Harvard Academy for International and Area Studies y autor de El orden político en las sociedades en cambio, La tercera ola, El choque de civilizaciones y, en colaboración con Peter L. Berger, Globalizaciones múltiples, publicados en España por Ediciones Paidós. Extracto de ¿Quién somos?, cap. 9, Paidós, Barcelona (de próxima aparición). Copyright © 2004 Samuel Huntington.*

# *Críticas a Samuel Huntington<sup>2</sup>*

## **Críticas a Samuel Huntington**

No es fácil entender el propósito de Huntington en su beligerante versión del reto hispano a EE UU (FP edición española, abril/mayo 2004). (...) El toque a rebate del politólogo bostoniano se explica mal, a no ser que haya considerado que desde su análisis/vaticinio del choque de civilizaciones ha pasado tiempo suficiente como para reintentar la provocación, pronosticando una república bicultural y bilingüe como una amenaza divisiva en la que los hispanos no sólo serían incapaces de incorporarse al meeting-pot, sino que militantemente rehusarían la integración en el sueño americano.

Sus premisas sobre la emigración latinoamericana/mexicana como un mundo aparte son en gran medida reales, pero sus conclusiones entran en el pintar como querer. Lo que están haciendo los hispanos es redefinir el crisol de razas, no excluirse. En su análisis queda desdibujada la distinción entre generaciones: la segunda generación es mitad bilingüe, mientras que más de tres cuartas partes de la tercera son estrictamente angloparlantes y en un 57% contraen matrimonio mixto fuera de su grupo étnico-racial (Pew Hispanic Center, en un estudio de 2003, posterior al de la Oficina del Censo de 1994 que Huntington cita de segunda mano). Tampoco parece diferenciar entre niveles de renta: dos tercios de los hogares hispanos están ya entre los hogares de renta media y media/alta. La concentración responde a una foto fija más que cuestionable. Y en términos de escolaridad, la que está rota por falta de recursos es "la máquina norteamericana de integración" (D. Brooks, NYT, 25-2-2004). Como españoles, es inconcebible sentirnos ajenos a la pared de contacto más afín con la rica y dinámica sociedad americana. Pero la cercanía lingüística, cultural e histórica con la comunidad hispana de Estados Unidos no nos exime de conocer sus intereses reales y prácticos y la diversidad de su estructura y componentes, lejos de los ignorantes tópicos uniformadores. El incontrolado alarmismo de Huntington sirve al menos para alertarnos sobre la obligada complejidad del diseño de una "política hispana" por parte de la sociedad y Gobierno españoles.

*Emilio Cassinello, Embajador español. Madrid  
(España)*

"Tengo grandes dudas acerca de estos inmigrantes por su espíritu de clan, su escaso conocimiento del inglés, su prensa y la creciente necesidad de intérpretes... Supongo que en algunos años se necesitarán también [intérpretes] en el [Congreso] para explicar a la mitad de nuestros legisladores lo que dice la otra mitad". No es un fragmento de 'La amenaza hispana a EE.UU.' de Samuel Huntington, sino una cita de Benjamin Franklin, uno de los padres fundadores, a quien preocupaba el impacto de los inmigrantes alemanes en los nacientes Estados Unidos. Se puede decir cualquier cosa sobre las opiniones de Huntington, pero, desde luego, tiene una ilustre compañía. Felizmente, sus temores están tan injustificados como los de Franklin.

(...) Los principales objetivos que persiguen los latinos (tanto inmigrantes como nativos) son la esencia del sueño estadounidense. Las prioridades de los hispanos son la enseñanza, tener un hogar de su propiedad, la salud y la seguridad económica. Los esfuerzos de organizaciones como la que represento van en la misma dirección que estas

prioridades. La mayor parte de nuestros recursos está dedicada a mejorar los sistemas escolares, construir instalaciones educativas y sanitarias, aumentar las posibilidades de trabajo para nuestra comunidad y ayudar a las familias a comprarse su primera casa, ni mucho menos un propósito contrario a la asimilación.

Igualmente, los temores de Huntington sobre la primacía de la lengua inglesa en Estados Unidos tienen tan poco fundamento como los de Franklin. Las encuestas muestran que los hispanos, como todos los estadounidenses, creen que el inglés es necesario para tener éxito en

EE.UU. (...) Finalmente, donde Huntington ve una amenaza a su ideal angloprotestante, nosotros vemos familias cuya energía e ilusión por convertirse en estadounidenses dan nuevas fuerzas a nuestro país y a sus más sagradas instituciones, muy parecido a lo que los irlandeses, los italianos y otros grupos inmigrantes hicieron antes que nosotros. Los inmigrantes actuales, sus hijos y sus nietos creen en los Estados Unidos de América. ¿Por qué no puede hacerlo Samuel Huntington?

*Raúl Yzaguirre, Presidente del Consejo Nacional  
de La Raza, Washington (EE.UU.).*

La razón fundamental del ensayo de Huntington es un argumento relativamente sencillo, y, como cuestión basada en los hechos, se puede cuando menos debatir. El autor argumenta que, al contrario que otros grupos anteriores de inmigrantes, los hispanos recién llegados y su descendencia no están adoptando el idioma inglés ni se están asimilando a la cultura estadounidense. (...) Para servir a su argumento, Huntington vuelve a contar el mito de los europeos que aprendieron inglés tan pronto como pusieron pie en tierra en la isla de Ellis. Sin embargo, desde la época colonial hasta principios del siglo xx, las personas de lengua alemana crearon enclaves lingüísticos que contaban con medios de comunicación propios, movimientos políticos nacionalistas y enseñanza en lengua alemana en las escuelas públicas. (...) Varios indicadores confirman que la asimilación lingüística está efectuándose más rápidamente ahora entre los latinos que en el pasado dorado que ensalza Huntington.

El temor de Huntington de que EE UU se divida por culpa del idioma debería mitigarse con los datos que muestran que la transición del español al inglés es prácticamente completa en una generación. (...) La asimilación no es, ni ha sido nunca, el rápido proceso unilateral de suma cero que postula Huntington. Un toma y daca más lento y más rico entre los recién llegados y los nativos siempre ha formado parte de la experiencia estadounidense y, afortunadamente, lo sigue siendo hoy.

*Roberto Suro, Director del Pew Hispanic Center.  
Washington (EE.UU.).*

¿Dejará de ser verdaderamente estadounidense el suroeste de Estados Unidos dentro de medio siglo? ¿Es Mexifornia una realidad y Mexamérica una certeza? ¿Tiene alguna importancia?

Para Samuel Huntington, sí tiene importancia. Aunque incluso si damos la bienvenida al eminente profesor de Harvard en las filas tantas veces ridiculizadas de los que resisten a la invasión en masa de EE UU, debemos admitir que ha llegado tarde. Huntington podría haber trepado un muro de adobe solamente para encontrarse dentro de El Álamo.

Esta causa parece sin esperanza. El presidente de EE UU, George W. Bush, se niega a aplicar su deber constitucional de hacer cumplir las leyes de emigración y defender la frontera sur de EE UU. Propone una especie de amnistía para entre 8 y 14 millones de

extranjeros en situación ilegal que ya están en el país. Es imposible ver quién o qué va a parar la invasión de EE UU antes de que el carácter del país quede alterado para siempre y estemos divididos en dos países con dos idiomas y dos culturas (...).

Las élites republicanas, o bien son indiferentes a esta inmigración en masa, tanto legal como ilegal, o bien se alegran estúpidamente de cómo estos millones de trabajadores van a enriquecer nuestro producto interior bruto, van a unirse al viejo gran partido y van a mantener bajo control los salarios de los trabajadores. Las élites de los demócratas también muestran entusiasmo, porque para ellos esta inmigración significa unas enormes masas de votantes de color que, piensan, van a apoyar al gran gobierno y van a terminar con la hegemonía política y cultural de una mayoría blanca que es responsable de la mayor parte de los crímenes históricos de EE UU y de casi todos los pecados de la humanidad. El fracaso en parar esta invasión por parte del presidente y del Congreso representa una traición a la mayoría de los estadounidenses, que han declarado en cada referéndum que quieren una reducción de la inmigración legal y la deportación de los ilegales. Cómo nos planteamos el problema de las fronteras abiertas y de la inmigración en masa suele depender normalmente de cómo nos situamos ante la pregunta que nos lanza Huntington: "¿Quiénes somos?". ¿Es Estados Unidos un país aparte, un pueblo único y separado con nuestros propios mitos, leyendas, héroes, historia, idioma, literatura, arte, música, usos y costumbres, tradiciones y deber moral de proteger y conservar nuestra especial identidad y herencia para nuestros hijos? O, más bien, ¿es EE UU un país con un credo al que todos pueden pertenecer si suscriben los dogmas de igualdad de la Declaración de Independencia de Thomas Jefferson, del Discurso de Gettysburg de Abraham Lincoln y los principios de democracia y liberalismo económico que EE UU predica tan volublemente a la humanidad? Si se acepta esta idea, los Estados Unidos están asfixiados por un torrente de extranjeros (especialmente de México), muchos de los cuales no desean aprender la lengua inglesa o convertirse en parte de la familia, no quieren asimilarse y abandonar su cultura o identidad mexicana, no aman y no son leales a este país y creen que les hemos robado a su patria las tierras que intentar recopular y recobrar. Bienvenido a El Álamo, profesor.

*Patrick Buchanan, Editor de 'The American Conservative'. Arlington, Virginia (EE.UU.).*

Huntington ha demostrado de forma convincente que la inseguridad cultural no es patrimonio único de los franceses. Retoma la larga tradición de los que ponen en duda el patriotismo de grupos étnicos distintos de los angloprotestantes. Ofrece una nueva versión de la idea que llevaba a la gente a sostener que John F. Kennedy no podía ser presidente de EE UU porque, como católico, sería servil al Vaticano.

Ahora que la lengua inglesa está triunfando como lingua franca del mundo globalizado (...), Huntington nos advierte de que sólo el 88,4% de los inmigrantes mexicanos de segunda generación en Estados Unidos habla inglés por lo menos igual de bien que español. Además, le desespera la idea de que saber español sea un recurso que el mercado realmente valora y esté dispuesto a recompensar. ¿Acaso cree Huntington que las políticas sociales deberían diseñarse para garantizar que los estadounidenses que sólo hablan un idioma nunca tengan desventajas por su falta de recursos de comunicación?

Más importante aún: Huntington argumenta que los hispanos son un problema porque son pobres y sin estudios, excepto en Miami, donde son demasiado ricos y poderosos y dificultan que los anglos puedan triunfar. Si no se remedia este problema, imaginemos las consecuencias: Misisipí, Alabama y Virginia occidental podrían ser tan

atrasados y pobres como Florida y California, donde la epidemia hispana ha hecho, al parecer, el mayor daño.

*Ricardo Hausmann, Profesor de Desarrollo Económico de la Escuela Kennedy de Gobierno / Universidad de Harvard. Cambridge, Massachussets (EE.UU.).*

## **La respuesta de Huntington**

En respuesta al lamento de El Álamo, de Patrick Buchanan, sólo puedo decir: "¡Piensa en Valley Forge, Pat!" (batalla decisiva en el proceso de independencia de las 13 colonias americanas frente a la Corona británica). Las otras cartas son todas críticas. En pocos casos sus autores presentan puntos sensatos, aunque no siempre persuasivos, en contra de mi argumento (...).

En otros casos, las cartas críticas distorsionan mis argumentos, no pueden enfrentarse a las pruebas empíricas que apporto, generalizan con afirmaciones sin el apoyo de pruebas, reflejan una intensa emotividad o recurren a las injurias y calumnias.

Mi artículo expone la combinación de características que distingue a la inmigración mexicana de otras: contigüidad, proporción, ilegalidad, concentración regional, persistencia y presencia histórica. También documenta la lenta asimilación de los inmigrantes hispanos (en particular mexicanos) durante varias generaciones en campos como la enseñanza, el trabajo, los matrimonios mixtos, la propiedad del hogar y la renta (a los que podrían añadirse la pobreza, la dependencia de los subsidios y la naturalización).

Mis críticos pasan casi totalmente de largo sobre estos aspectos de la presencia hispana en Estados Unidos. Raúl Yzaguirre califica mi investigación de "pacotilla". Mi artículo, sin embargo, está repleto de pruebas salidas de los informes del Servicio de Inmigración y Naturalización, la Oficina del Censo de Estados Unidos, encuestas de opinión pública y estudios de expertos sobre la inmigración y la asimilación de los hispanos. Ni él ni mis otros críticos pueden poner en duda la veracidad de los datos presentados en mi artículo. Citando un estudio que muestra que "el 90% de los nacidos en EE UU de origen mexicano habla bien inglés", concluyo que "el uso de la lengua inglesa y su dominio por parte de la primera y segunda generación de mexicanos parece seguir de este modo el modelo común de anteriores inmigrantes".

Yzaguirre alude a las preocupaciones de Franklin sobre el hecho de que los inmigrantes alemanes en Pennsylvania mantenían su idioma y cultura. No cita el argumento de Franklin de que, para corregir la situación, el Gobierno debería "repartirlos más equilibradamente, mezclarlos con los ingleses, establecer colegios ingleses donde están ahora instalados y apretados". George Washington y Thomas

Jefferson compartían una política parecida. Sólo me queda esperar que Yzaguirre apoye ahora medidas como éstas, que los padres de nuestro país creían esenciales para mantener la identidad de EE UU.

Algunos me acusan de promover el "estereotipo del mexicano perezoso". Sin embargo las únicas fuentes que cito sobre la cultura mexicana son mexicanas y de mexicanos estadounidenses. Lo mismo que Yzaguirre y otros me atacan por decir que el corazón de la cultura estadounidense es "angloprotestante". Los historiadores, sin embargo, han mostrado en varias ocasiones que esto es así, y apporto documentación sobre este punto en mi próximo libro: ¿Quiénes somos? El desafío a la identidad nacional estadounidense. Como indico en el artículo, si a Estados Unidos no lo hubieran colonizado protestantes británicos, sino católicos franceses, españoles o portugueses, no sería Estados Unidos, sería Quebec, México o Brasil.

Las diferencias entre las culturas de Estados Unidos y México las han destacado el filósofo mexicano Armando Cántora, el funcionario del ministerio mexicano de Exteriores Andrés Rozental, y el principal novelista de México, Carlos Fuentes, quien ha contestado con la elocuencia de un Tocqueville la distancia entre la herencia hispano-indígena de México con su "cultura del catolicismo" y la cultura protestante estadounidense que descende de "Martín Lutero".

El último recurso de los que son incapaces de presentar argumentos razonados basados en hechos y lógica es recurrir a injurias y calumnias ya que en varias ocasiones se refieren a mí, o a mi argumento, como "nativis[mo] repugnante", "chovinismo", "nativismo europeo" o "xenofobia". Estas acusaciones no deberían caber en Foreign Policy.

En general, las respuestas críticas demuestran lo difícil que resulta tener un intercambio de opiniones serio, fundado y razonado en lo que es, como el profesor Pei, de la Fundación Carnegie para la Paz Internacional, escribe con precisión: "la cuestión más fundamental del futuro de Estados Unidos como país y como cultura".

CARLOS FUENTES

# *El Moby Dick de Huntington<sup>3</sup>*

## Racista Enmascarado

“El mejor indio es el indio muerto”. “El mejor negro es el esclavo negro”. “La amenaza amarilla”. “La amenaza roja”. El puritanismo que se encuentra en la base de la cultura WASP (Blanca, Anglosajona y Protestante) de los Estados Unidos se manifiesta de tarde en tarde con llamativos colores. A los que arriba señalo, se añade ahora, con el vigor de las ideas simplistas que eximen de pensar, “El Peligro Moreno”.

Su proponente es el profesor Samuel P. Huntington, incansable voz de alarma acerca de los peligros que “el otro” representa para el alma de fundación, blanca, protestante y anglosajona, de los EE.UU. Que existía (y existe) una “América” (pues Huntington identifica a los EE.UU. con el nombre de todo un continente) indígena anterior a la colonización europea, no le preocupa. Que además de Angloamérica exista una anterior “América” francesa (la Luisiana) y hasta rusa (Alaska) no le interesa.

La preocupación es la América Hispánica, la de Rubén Darío, la que habla español y cree en Dios. Este es el peligro indispensable para una nación que requiere, para ser, un peligro externo identificable. Moby Dick, la ballena blanca, es el símbolo de esta actitud que, por fortuna, no comparten todos los norteamericanos, incluyendo a John Quincy Adams, el sexto presidente de la nación norteamericana, quien advirtió a su país: “No salgamos al mundo en busca de monstruos qué destruir”.

Samuel Huntington, en su Choque de Civilizaciones, encontró su monstruo exterior necesario (una vez desaparecidos la URSS y “el peligro rojo”) en un Islam dispuesto a asaltar las fronteras de Occidente, rebasando las proezas de Saladino el sultán que capturó Jerusalén en 1187 y superando él, Huntington, la campaña cristiana de Ricardo Corazón de León en Tierra Santa cinco años más tarde. La cruzada anti-islámica de Huntington Corazón de León definió que ese corazón era profundamente racista pero asimismo profundamente ignorante del verdadero kulturkampf dentro del mundo islámico. Islam no se dispone a invadir Occidente. Islam está viviendo, de Argelia a Irán, su propio combate cultural y político entre conservadores y liberales islámicos. Es un combate vertical, en hondura, no horizontal, en expansión.

### **El explotador mexicano**

La nueva cruzada de Huntington va dirigida contra México y los mexicanos que viven, trabajan y enriquecen a la nación del Norte. Para Huntington, los mexicanos no viven, invaden-; no trabajan, explotan-; y no enriquecen, empobrecen, porque la pobreza está en su naturaleza misma.

Todo ello añadido al número de mexicanos y latinoamericanos en los Estados Unidos, constituiría una amenaza para la cultura que para Huntington sí se atreve a decir su nombre: la Angloamérica protestante y angloparlante de raza blanca.

¿Invaden los mexicanos a los EE.UU.? No: obedecen a las leyes del mercado de trabajo. Hay oferta laboral mexicana porque hay demanda laboral norteamericana. Si algún día existiese pleno empleo en México, los Estados Unidos tendrían que encontrar en otro país mano de obra barata para trabajos que los blancos, sajones y protestantes, por llamarlos como Samuel Huntington, no desean cumplir, porque han pasado a

estadios superiores de empleo, porque envejecen, porque la economía de los Estados Unidos pasa de la era industrial a la postindustrial, tecnológica e informática.

¿Explotan los mexicanos a los EE.UU.? Según Huntington, explotando él mismo la infame Proposición 187 de California que pretendía excluir a los hijos de inmigrantes de la educación y a sus padres de todo beneficio médico o social, los mexicanos constituyen una carga injusta para la economía del Norte: reciben más de lo que dan.

Esto es falso. California destina mil millones de dólares al año a educar a los hijos de inmigrantes. Pero si no lo hiciese —atención Schwarzenegger— el estado perdería dieciséis mil millones al año en ayuda federal a la educación. Y el trabajador migrante mexicano paga 29 mil millones de dólares más en impuestos, cada año, de lo que recibe en servicios.

El inmigrante mexicano, lejos de ser el lastre empobrecedor que Samuel Huntington asume, crea riqueza al nivel más bajo pero también al más alto. Al nivel laboral más humilde, su expulsión supondría una ruina para los Estados Unidos.

John Kenneth Galbraith (el norteamericano que Huntington no puede ser) escribe: “Si todos los indocumentados en los EE.UU. fuesen expulsados, el efecto sobre la economía norteamericana... sería poco menos que desastroso... Frutas y legumbres en Florida, Texas y California no serían cosechadas. Los alimentos subirían espectacularmente de precio. Los mexicanos quieren venir a EE.UU., son necesarios y añaden visiblemente a nuestro bienestar” (La naturaleza de la pobreza de masas).

En el nivel superior, el migrante hispano, como nos dice Gregory Rodríguez, de la Universidad de Pepperdine, tiene el más alto número de asalariados por familia de cualquier otro grupo étnico, así como la mayor cohesión familiar. El resultado es que, aunque el padre llegue descalzo y mojado, el descendiente del migrante alcanza niveles de ingreso comparables a los del trabajador asiático o caucásico.

En la segunda y tercera generación, los hispanos son, en un 55%, dueños de sus casas, comparados con 71% de hogares blancos y 44% de hogares negros.

Añado a los datos del profesor Rodríguez que sólo en el condado de Los Angeles el número de negocios creados por migrantes hispanos ha saltado de 57 mil en 1987 a 210,000 el año pasado. Que el poder adquisitivo de los hispanos ha aumentado en un 65% desde 1990. Y que la economía hispanoamericana en los EE.UU. genera casi cuatrocientos mil millones de dólares, más que el PIB de México.

¿Explotamos o contribuimos, señor Huntington?

## **El balcanizador mexicano**

Según Huntington, el número y los hábitos del migrante mexicano acabarán por balcanizar a los EE.UU. La unidad norteamericana ha absorbido al inmigrante europeo (incluyendo a judíos y árabes, no mencionados selectivamente por Huntington), porque el inmigrante de antaño, como Chaplin en la película homónima, venía de Europa, cruzaba el mar y siendo blanco y cristiano (¿y los judíos, y los árabes y ahora los vietnamitas, los coreanos, los chinos, los japoneses?) se asimilaban en seguida a la cultura anglosajona y olvidaban la lengua y las costumbres nativas, cosa que debe sorprender a los italianos de El Padrino y a los centroeuropeos de “The Deer Hunter”.

No. Sólo los mexicanos y los hispanos en general somos los separatistas, los conspiradores que queremos crear una nación hispanoparlante aparte, los soldados de una reconquista de los territorios perdidos en la guerra de 1848.

Si diésemos vuelta a esta tortilla, nos encontraríamos con que la lengua occidental más hablada es el inglés. ¿Considera Huntington que este hecho revela una silenciosa invasión norteamericana del mundo entero? ¿Estaríamos justificados mexicanos, chilenos, franceses, egipcios, japoneses e hindúes a prohibir que se hablase inglés en



nuestros respectivos países? Estigmatizar a la lengua castellana como un factor de división prácticamente subversiva revela, más que cualquier otra cosa, el ánimo racista, éste sí divisor y provocativo, del profesor Samuel Huntington.

Hablar una segunda (o tercera o cuarta lengua) es signo de cultura en todo el mundo, menos, al parecer, en el Edén Monolingüe que se ha inventado Huntington. Establecer el requisito de la segunda lengua en los EE.UU. (como ocurre en México o en Francia) le restaría los efectos satánicos que Huntington le atribuye a la lengua de Cervantes. Los hispanoparlantes en los EE.UU. no forman bloques impermeables ni agresivos. Se adaptan rápidamente al inglés y conservan, a veces, el castellano, enriqueciendo el aceptado carácter multiétnico y multicultural de los EE.UU. En todo caso, el monolingüismo es una enfermedad curable. Muchísimos latinoamericanos hablamos inglés sin temor de contagio. Huntington presenta a los EE.UU. como un gigante tembloroso ante el embate del español. Es la táctica del miedo al otro, tan favorecida por las mentalidades fascistas.

No: el mexicano y el hispano en general contribuyen a la riqueza de los EE.UU., dan más de lo que reciben, desean integrarse a la nación norteamericana, atenúan el aislacionismo cultural que a tantos desastres internacionales conduce a los gobiernos de Washington, proponen una diversificación política a la que han contribuido y contribuyen afroamericanos, los “nativos” indígenas, irlandeses y polacos, rusos e italianos, suecos y alemanes, árabes y judíos.

## **El peligro mexicano**

Huntington pone al día un añejo racismo antimexicano que conocí sobradamente de niño, estudiando en la capital norteamericana. The Volume Library, una enciclopedia en un solo tomo publicada en 1928 en Nueva York, decía textualmente: “Una de las razones de la pobreza en México es la predominancia de una raza inferior”. “No se admiten perros o mexicanos”, proclamaban en sus fachadas numerosos restaurantes de Texas en los años treinta. Hoy, el elector latino es seducido en español champurrado por muchos candidatos, entre ellos Gore y Bush en la pasada elección. Es una táctica electorera (como la proposición migratoria de Bush hace unas semanas).

Pero para nosotros, mexicanos, españoles e hispanoamericanos, la lengua es factor de orgullo y de unidad, es cierto: la hablamos quinientos millones de hombres y mujeres en todo el mundo. Pero no es factor de miedo o amenaza. Si Huntington teme una balcanización hispánica de los EE.UU. y culpa a Latinoamérica de escasas aptitudes para el gobierno democrático y el desarrollo económico, nosotros hemos convivido sin separatismos nacionalistas desde el alba de la Independencia.

Acaso nos une lo que Huntington cree que desune: la multiculturalidad de la lengua castellana. Los hispanoamericanos somos, al mismo tiempo que hispanoparlantes, indoeuropeos y afroamericanos. Y descendemos de una nación, España, incomprendible sin su multiplicidad racial y lingüística celtíbera, griega, fenicia, romana, árabe, judía y goda. Hablamos una lengua de raíz celtíbera y en seguida latina, enriquecida por una gran porción de palabras árabes y fijada por los judíos del siglo XIII en la corte de Alfonso el Sabio.

Con todo ello ganamos, no perdimos. El que pierde es Huntington, aislado en su parcela imaginaria de pureza racista angloparlante, blanca y protestante —aunque su generosidad la extiende, graciosamente, al “cristianismo”—. Porque seguramente Israel e Islam son peligros tan condenables como México, Hispanoamérica y, por extensión, la propia España de hoy, culpable según Huntington de indeseables incursiones en antiguos territorios de la Corona.

Pregunta ociosa: ¿Cuál será el siguiente Moby Dick del Capitán Ahab Huntington

# *Hispanos en EE.UU., la amenaza fantasma<sup>4</sup>*

Un reciente artículo del politólogo Samuel Huntington, ha encendido las luces de alarma de la comunidad hispana al presentar como una amenaza para la cultura anglosajona de Estados Unidos la creciente presencia e influencia de la minoría de lengua española en la vida del país norteamericano. Una postura en línea con los viejos prejuicios *wasp* que afectaron en su día a los emigrantes irlandeses por papistas y a los italianos por católicos, y que estuvieron en las raíces de la guerra de secesión con la situación de los africanos llevados a América como esclavos en el epicentro de la disputa. Blanco y Negro Cultural abre sus páginas a esta polémica.

**FELIPE FERNÁNDEZ-ARMESTO**

## *El peligro inexistente*

SEGÚN Samuel P. Huntington, la esencia de la tradición estadounidense -protestante, individualista, angloparlante- está amenazada por la inmigración hispana. La tesis es falsa: los hechos básicos mal entendidos, la conclusión distorsionada.

La esencia de los Estados Unidos no puede amenazarse porque no existe tal esencia. La familia del tío Sam es plural. La «cazuela mezcladora» -la famosa *melting pot*- sigue llena de trozos sin fundir. Los colonos primitivos eran pocos ingleses y muchos escoceses, irlandeses, alemanes, y, sobre todo, africanos, cuyo asentamiento forzado en el país lo afectó profundamente. Luego, desde mediados del siglo XIX, predominaron los italianos y refugiados del imperio ruso. En la actualidad, existen enormes aportaciones de emigrantes de Vietnam, Corea, China y Japón. Gracias al número ya elevado de indios y paquistaníes en ciertas zonas, hay clubes de *cricket* al lado de los equipos de *baseball*: ésa sí que me parece una amenaza a la cultura indígena. O tal vez, bajo el enfoque de Huntington, se trataría de algo correcto, ya que sería una nueva implantación de una costumbre inglesa.

*Mi apreciado amigo Huntington, a quien admiro mucho, cuyos errores proceden de un exceso de inteligencia crítica, puede seguir durmiendo tranquilo*

### **Esencia estadounidense**

Si hubiera una esencia estadounidense, no sería protestante ni individualista. La mayor religión es la católica. Los católicos superan con mucho a los protestantes. La catolización del país no fue obra de los inmigrantes latinos, sino de los alemanes, italianos e irlandeses del siglo pasado. Además, el carácter de su protestantismo es poco anglosajón: sus sectas son de procedencia o influencia negra, o son muestras de un tipo de evangelismo poco grato en Inglaterra, que tuvo su origen en herejías minoritarias surgidas como rechazo a la Ilustración europea.

¿Y qué ocurre con las gastadas alusiones al individualismo? Ya sabemos los españoles que es un vicio nuestro. Como decía Salvador de Madariaga, una democracia auténticamente española exigiría 35 millones de partidos políticos. Los estadounidenses, en cambio, no son individualistas de verdad. Sus dos partidos son casi iguales. Su mayor virtud es que son cooperativos y solidarios, como demuestran sin tregua en innumerables clubes, sociedades, congregaciones, actos cívicos, reuniones de vecinos y en general en cualquier actividad ligada a la vida pública de la sociedad civil. La figura del vaquero solitario, que defiende la sociedad sin formar parte de ella, no es más que una invención, y no cabe duda de que ha influido en la vida estadounidense, desde las películas de Hollywood hasta la política del presidente Bush. Pero no hay que creérselo.

### **Falta de orgullo, falta de apoyo**

Por fin -desgraciadamente- el idioma de los hispanos no representa el peligro que pretende Huntington. Por falta de orgullo de los mismos hispanoparlantes, y por falta de apoyo nuestro, el uso del español en Norteamérica se echará a perder. Los polaco-americanos perdieron su polaco. Los italo-americanos -a pesar de su fuerte vinculación con sus parientes italianos y con su cultura tradicional- ya no hablan italiano.

En Nueva York, los germano-americanos celebran cada año el día de la cultura alemana, poniéndose trajes típicos, tocando la música del país de sus antepasados y comiéndose no sé cuantas clases de salchichas. Pero casi ninguno de ellos sabe alemán. Los hispanoparlantes tienen ciertas ventajas -su peso demográfico, la presencia de países fraternos vecinos- pero sólo un 20 por ciento de los nietos de inmigrantes latinos conservan su idioma. Mi apreciado amigo Huntington, a quien admiro mucho, cuyos errores proceden de un exceso de inteligencia crítica, puede seguir durmiendo tranquilo. •

*Felipe Fernández-Armesto es catedrático de Queen Mary College (Londres) y autor, entre otros títulos, de Civilizaciones (Taurus).*

**MANUEL LUCENA GIRALDO**

## ***El mundo hispánico y el destino manifiesto***

CEGADO por el resplandor que emana del choque de civilizaciones, tan antiguo como una maldición bíblica, Samuel P. Huntington acosa ahora a los hispanos de Estados Unidos con el látigo de su integrismo blanco, anglosajón y protestante. Nada nuevo bajo el sol de la patria de Lincoln, pero también del Ku Klux Klan. El componente antimexicano de sus afirmaciones en el reciente artículo «El reto hispano» resulta evidente (ya lo dijo el presidente Porfirio Díaz: «Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos») pero en los sótanos de la memoria, la de «ellos»

y la «nuestra» (mestiza, latina y católica, se supone), podemos encontrar mucho más.

Quizás hay que remontarse a los tiempos de los padres fundadores de la virtuosa República, que se rebelaron contra su rey británico con el apoyo de los monarcas borbones de Francia y España; deseosos de ganarle alguna guerra a Gran Bretaña. Quizás conviene recordarlo. Junto a los colonos angloamericanos, que como los nacionalistas de hoy lo que no querían era pagar impuestos, lucharon soldados y marinos españoles (aunque no haya apenas al norte de Río Grande monumentos que lo recuerden, ni cartillas escolares que lo enseñen). Pero la Francia metropolitana quedaba lejos, y en cambio, España contaba al acabar la Guerra de Independencia con un imperio americano, contra el cual se tejió, con ambición nada disimulada, la teoría del destino manifiesto, que amalgamó en las décadas siguientes la nación recién fundada y la lanzó a ocupar tierras «sin dueño» y a cumplir el designio de un pueblo elegido por Dios. El oeste y todos los otros rumbos de la brújula fueron así el objeto de una expansión ilimitada. En 1795, el frívolo Godoy les franqueó la navegación del Mississippi, y en 1803 Napoleón les vendió la Luisiana, que acababa de arrancar a España. En 1819, Fernando VII les cambió la Florida por 5 millones de dólares, y en 1848, por el tratado de Guadalupe Hidalgo, los Estados Unidos arrebataron del México derrotado las actuales California, Arizona, Nevada, Utah y Nuevo México, además de consolidar la anexión de Texas. Por fin, en 1898 la guerra hispano-norteamericana liquidó los restos del imperio español, y los *yankees* (comedores de carne de tocino, como dejó escrito Azorín) pasaron a controlar Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam, mientras aplicaban, del Caribe para abajo, y en sentido literal, la política del «gran garrote».

Desde entonces, los españoles han padecido un atávico antinorteamericanismo, simultáneo a los ocasionales ejercicios contra los hispanos que brotan de vez en cuando en Estados Unidos. Como este último de Huntington, que de paso niega los valores ilustrados y cosmopolitas de Washington, Jefferson o Hamilton, los fundadores de aquella gran nación.

*Manuel Lucena Giraldo es científico titular del CSIC.*

**ALFONSO ARMADA (NUEVA YORK)**

## ***Plegarias atendidas, en español***

TRUMAN Capote aprovechó como nadie la máxima teresiana de que se derraman más lágrimas por las oraciones atendidas que por las no atendidas. Y si la razón produce monstruos, no digamos el deseo. Es fácil, y sobre todo partiendo de prejuicios y complejos de inferioridad hispanos -atizados desde el desastre del 98 a la farsa trágica de la actual invasión de Irak para salvar a los infieles a bombazos y dotarles de un superior sistema político que extrae mejor el crudo- encorajinarse con las profecías de todo un profesor de Harvard llamado Samuel Huntington, que forma con otro ilustre pensador de

esta era de publicidad recalcitrante y sombras impenetrables, Francis Fukuyama, el dúo más dinámico de las profecías autocumplidas. Si Fukuyama acuñó con el «fin de la historia» -sinónimo del triunfo del liberalismo y la democracia del mercado- el más extraordinario eslogan sobre los escombros del muro de Berlín y la voladura del sangriento decorado comunista, Huntington no le fue a la zaga con la síntesis atómica choque de civilizaciones»

### **División de opiniones**

La perversa fábula moral del último Lars von Trier, *Dogville*, ha suscitado en el coso estadounidense sonora división de opiniones: «Obra maestra incuestionable», «indigesto panfleto antiamericano». Pero acaso podamos arrimar algunas sardinas dialécticas de la cinta del danés a esta pizarra, sobre todo si concedemos que su esperpento brechtiano encierra un nada desdeñable alegato contra el abuso de poder a cuenta de la desigualdad de las naciones y que en el cine y en la vida escenifica el flujo de migrantes que llaman (es un eufemismo) a nuestras puertas: río Grande, desierto de Arizona, playas de Tarifa, costas de Sicilia... A brochazos, Von Trier hace un despiadado re-trato de las mezquindades, miedos y crueldades de las buenas gentes. A la hora de sacarle los colores a la hipocresía de quien se cree mejor que nadie su vitriolo es casi tan potente como el que empleaba Luis Buñuel en *Viridiana* para reventar la mojiganga de que los pobres, además de miserables, tenían que ser unos benditos. En su incorregible inocencia, los estadounidenses han dado por preguntarse: ¿por qué nos odian? Y es que la televisión enseña de todo menos Historia.

Huntington ha dado ideas a los más burdos arúspices de esta era con su «choque»: a fuerza de cebar la idea del otro como bestia, lo que acaba por asomar es más la bestia que el otro parecido o semejante, y a fuerza de simplificar la complejidad del mundo con zangolotinadas como «conmigo o contra mi», «amigo o enemigo», el occidente judeocristiano y democrático acaba por creerse una compacta falange romana y todo el oriente musulmán una horda almohade. No es la hora de los sutiles. En esa línea, algunos celosos del triunfo anglosajón dicen que mejor le hubiera ido a la América que habla español si su dios hubiera sido el protestante de Adam Smith, el calvinista que en la riqueza veía una confirmación del buen camino y no un pecado de codicia.

Huntington ha seguido pensando y parece como si hubiera alzado la mirilla de su fusil al avisar (y todo brochazo incluye cerdas de verdad) que estos hispanos que inundan las tierras del tío Sam no se integran, no cormulgan con las ruedas de molino de la cultura del país que les acoge. No dice que Estados Unidos se griparía si todos los inmigrantes se quedaran de brazos cruzados, o se volvieran sobre sus pasos. Huntington telegrafía que la única superpotencia de esta hora de amenazas corre grave peligro de dividirse en «dos pueblos, dos culturas y dos lenguas». La minoría hispana es ya la primera de la Unión: camino de los cuarenta millones. Para los hinchas: México, España, Estados Unidos, he ahí el próximo *hit parade* de las naciones hispanohablantes. Frente a los vaticinios de Huntington, hispanistas escépticos sobre el porvenir de la lengua de Cervantes y Vallejo en este presunto crisol recalcan que la mayoría acaba perdiendo el idioma para nadar mejor en las aguas del mercado anglosajón.

## **Año 2050**

Y no conviene olvidar que los elementos que nutren esa condición censal son tan heteróclitos que su faz es cualquier cosa menos una aleación. Claro que si optamos por hacerle caso a las profecías científicas del censo, los asiáticos y los hispanos triplicarán su cuota en Estados Unidos si el mundo sigue en pie para el año 2050. El incremento de la facción hispana será de un 188 por ciento: no sólo no paran de cruzar las fronteras por tierra, mar y aire, sino que encima se reproducen con una alegría que al puritanismo anglosajón le saca de sus casillas. Para mediados de este siglo que ha empezado tan mal, los hispanos serán 102,6 millones de almas, un cuarto de la población estadounidense. Poniéndonos estupendos a lo Max Extrella, acaso de este cruce salga un nuevo biotipo, aunque si le aplicamos el pesimismo de Lars von Trier a nuestra condición no cabe albergar grandes esperanzas, hablen lo que hablen, hablemos lo que hablemos. ¿Qué plegaria habría que entonar y a quién? •

**THOMAS MERMALL**

## ***Una tesis insostenible***

LA tesis de Samuel Huntington de que los hispanos constituyen una amenaza al proyecto cultural estadounidense es en principio insostenible. Los hispanos no difieren de otras colectividades que arribaron a estas playas para incorporarse paulatinamente a la identidad norteamericana. Es ya un lugar común sociológico que el proceso de asimilación se cumple en el plazo tres generaciones. Así fue con los italianos, irlandeses, judíos, coreanos, etcétera. Los hispanos no son una excepción, a pesar de que superan en número a otros inmigrantes. El profesor Huntington señala principalmente a los mexicanos como los más inadaptables a los valores angloprotestantes; sin embargo, son ellos, sobre todo los indocumentados, los que arriesgan diariamente la vida para conseguir un mínimo de dignidad y oportunidades económicas al otro lado de la frontera y anhelan llegar a formar parte algún día de la colectividad norteamericana.

El apego a las raíces hispanas de los inmigrantes tuvo cierta vigencia en la década de los ochenta, cuando la moda de «la política de la identidad» estuvo en su apogeo. Pero dicho movimiento ha fenecido y la consigna cultural de hoy apunta a la integración y no al aislamiento. Por cierto, la primera generación, cualquiera que sea su preparación escolar y nivel económico, no consigue formar parte del nuevo entorno cultural, pero gran parte de su hijos van perdiendo el contacto con su propia lengua y cultura para instalarse en los usos de la sociedad estadounidense como angloparlantes. Otros funcionan con toda comodidad en una cultura bilingüe.

En cuanto a las olas de inmigración hispana de los últimos lustros conviene distinguir entre unas élites económicas, dotadas de una ética de la empresa, que han logrado convertir en realidad el «sueño americano» con pocas dificultades. Se trata de gentes por lo general bilingües y biculturales, quienes sin abandonar su identidad hispana son fieles a los principios y

valores norteamericanos. Otros, de origen humilde y muy poco instruidos, pasan al principio por un período difícil y doloroso, apegados a la comunidad de sus semejantes, pero al igual que colectividades anteriores logran con la siguiente generación integrarse en la gran *melting pot* que llamamos Estados Unidos.

*Thomas Mermall es profesor emérito de literatura española en Brooklyn College y autor de una edición crítica de La rebelión de las masas.*

**JAMES D. FERNÁNDEZ**

## ***El desafío angloprotestante***

HACE poco, uno de los brillantes arquitectos de la nueva política exterior estadounidense, Paul Wolfowitz, hizo alarde de su gran sensibilidad sociológica, al afirmar que los es-pañoles pese a la intención del PSOE de retirar de Irak a las tropas españolas- no son cobardes. Su prueba: España es el lugar de origen de la corrida de toros. En su ensayo sobre los hispanos en EE.UU., «El reto hispano», Samuel P. Huntington ha demostrado una sensibilidad muy afín a la de Wolfowitz, y una parecida afición a los estereotipos más rancios y racistas de la leyenda negra. Según Huntington, la inmigración hispana a EE.UU. representa una de las mayores amenazas a la identidad política y cultural del país, ya que hay «varios rasgos culturales hispanos» que son del todo incompatibles con «el credo» nacional de EE.UU. Estos rasgos esenciales del *homo hispanicus* son: una desconfianza hacia todos los que no son de la familia, una falta de iniciativa, autonomía y ambición, y una aceptación de la pobreza como una virtud necesaria para entrar al Cielo. Olé.

### **Con mucho respeto**

Una manera de cuestionar los juicios emitidos por Huntington es la de David Brooks; un columnista conservador del *New York Times*, que, con mucho respeto, presenta datos de otros estudios que contradicen todos los puntos básicos de Huntington. Otra manera de refutación consistiría simplemente en señalar todas las contradicciones internas al artículo de Huntington: los hispanos desconfían de todos, pero ¡horror! en la emigración, lejos de sus familias, se juntan y construyen comunidades; les falta la ética de trabajo, pero *-hélas-* son los responsables de la reinención de Miami; aceptan estoicamente la pobreza, pero *-caray-* no dejan de jugarse la vida buscando mejor fortuna en la emigración.

Yo en esta materia de refutaciones prefiero el empirismo puro y duro: basta con vivir en cualquier ciudad de EE.UU., y con no estar totalmente cegado por el racismo y la xenofobia, para ver que lo de Huntington no es más que una sarta de sandeces. En cuanto a la desconfianza de los hispanos, puede ser que los recién llegados desconfíen de los simpáticos agentes del Border Patrol, o de los sesudos politólogos que los transforman en enemigos

del Estado y en poco menos que terroristas culturales. Desconfiarán también de los reclutadores de las Fuerzas Armadas que frecuentan las comunidades hispanas en busca de carne de cañón; pero ya quisieran muchos otros grupos contar con las redes de afiliación y de apoyo que van tejiendo -en sus iglesias (protestantes, muchas de ellas), en sus clubs sociales, en sus peñas deportivas- los hispanos en EE.UU. Con respecto a la falta de la ética de trabajo; que se entere el señor Huntington de quiénes están trabajando 12 o 15 horas al día, cuidando a sus nietos, embelleciendo su Jardín, y planchando con almidón sus calzoncillos angloprotestantes. Y por lo que se refiere a la aceptación de la pobreza entre los hispanos como modo de alcanzar el Paraíso, todo el fenómeno migratorio, que tanto le alarma al señor Huntington, es la más rotunda refutación de tamaña estupidez.

Arriesgarse la vida, dejar atrás todo, para trabajar y vivir entre los Wolfowitz y los Huntington del mundo tiene que ser, para miles y miles de Inmigrantes honrados y trabajadores, si no un infierno, por lo menos un verdadero purgatorio, un auténtico desafío angloprotestante. Pero no todos los angloprotestantes pueden ser tan odiosos; a fin de cuentas, son los inventores del *baseball* y de los McDonald's.

*James D. Fernández es profesor de literatura española y director del Centro Rey Juan Carlos I de España de New York University.*



MAX CASTRO

# *LATINOS: El ataque de los intelectuales<sup>5</sup>*

Samuel P. Huntington cree que Estados Unidos se "latiniza" y que eso es un desastre para la nación.

Puede pensarse: ¿Qué hay de nuevo en esto? No son escasas las personas en este país que, abiertamente o no, comparten tal opinión. Esa realidad la comprueba muchas encuestas y la popularidad de las cruzadas recientes (y las amenazadas) contra los inmigrantes indocumentados y la educación bilingüe.

Pero sucede que Huntington no es un xenófobo más que expresa sus prejuicios en los sitios que mantienen los grupos racistas en el internet. No, quien ahora alerta a los estadounidenses sobre el "reto hispano" no es un energúmeno ignorante ni un político demagogo. Huntington, politólogo y profesor jubilado, es un célebre académico y presidente de la Academia de Estudios Internacionales y de Area de la Universidad Harvard. En los noventa, su libro, *Choque de civilizaciones (The Clash of Civilizations)* predijo un conflicto entre el islam y Occidente. A la sazón, el libro ocasionó cierta controversia en círculos intelectuales antes de desatar una polémica mucho más amplia después del 9/11.

Ahora, Huntington vaticina un choque de civilizaciones al interior de Estados Unidos. Su advertencia de que el crecimiento de la población latina —y sobre todo de la mexicana— amenaza la "base anglo-protestante" de la cultura estadounidense, se publica este mes en *Foreign Policy*. Se trata de la revista de la prestigiosa fundación Carnegie Endowment for International Peace (Fondo Carnegie para la Paz Internacional.)

¿Cuál es la tesis de Huntington? Cito y traduzco: "El influjo persistente de inmigrantes hispanos amenaza con dividir Estados Unidos en dos pueblos, dos culturas y dos idiomas. Al contrario de los grupos de inmigrantes del pasado, los mexicanos y otros latinos no se han asimilado a la cultura estadounidense, sino que han creado sus propios enclaves políticos y lingüísticos —de Miami a Los Angeles— rechazando los valores anglo-protestantes que construyeron el sueño americano. Peligra Estados Unidos si ignora este desafío".

Ahí está: Para Huntington, somos el peligro. ¿Porqué nos teme tanto?

El autor cita seis razones específicas: la proximidad geográfica; la unidad lingüística; la concentración geográfica; la larga duración de la inmigración; la ilegalidad y el reclamo histórico.

Pero el meollo del asunto no radica ahí: radica en "diferencias irreconciliables" de valores. Citando a un puñado de autores, de Jorge Castañeda a Robert Kaplan, selectivamente y al margen de la vasta literatura que sobre las comunidades latinas han producido especialistas en las ciencias sociales, Huntington intenta sustentar lo que a todas luces es una conclusión preconcebida y nada original.

Los latinos carecemos de compromiso con el trabajo y la educación; nos falta iniciativa, autosuficiencia y ambición; desconfiamos de cualquier persona ajena a la familia; y no compartimos con los anglo-protestantes el valor de la puntualidad, la capacidad de realizar resultados con celeridad y la orientación hacia al futuro.

Refutar tanto prejuicio simplista, confrontar tanta tontería con la lógica y la evidencia de los estudios y las experiencias concretas, no es difícil. ¿Acaso los capitalistas estadounidenses, las corporaciones gigantes, las Wal-Mart de este mundo tan ávidas de eficiencia, arriesgan caer en la ilegalidad para contratar trabajadores impuntuales carentes de ética de trabajo por su entrañable cariño hacia los mexicanos? Los anglos de Miami, ¿se quejan de la falta de ambición de los cubanos o de su imperioso ascenso económico, político y social? Los dominicanos Sammy Sosa y Alex Rodríguez: ¿No se han asimilado a un nivel inigualable al “pasatiempo americano” por excelencia?

El reto Huntington para nada presenta un desafío intelectual insuperable. Pero el ataque frontal de un intelectual de la reputación de Huntington contra la totalidad de la comunidad latina, con todas sus variantes y contradicciones, de Los Angeles a Miami, y lanzado en un medio de reflexión de la elite política e intelectual estadounidense, no es un grito en el desierto.

Tampoco es un hecho aislado. El balazo de Huntington en Foreign Policy es un fragmento de su libro de próxima publicación, *Who We Are (Quiénes somos)*, que sin duda suscitará debate y atención en los medios. Y sólo tres meses antes de la publicación del artículo de Huntington, la revista Foreign Affairs, órgano del Council on Foreign Relations, la organización privada más influyente en el tema de las relaciones internacionales en Estados Unidos, publica otro trabajo (Dimitri K. Simes, *America's Imperial Dilema*) que alerta sobre el supuesto peligro de los inmigrantes para el interés nacional.

¿Significa esto una ofensiva inminente y feroz contra la inmigración o contra los latinos en Estados Unidos? Probablemente no: las realidades políticas actuales no lo permiten. Pero, mañana, una recesión profunda, otro gran ataque terrorista, un incremento drástico en la inmigración indocumentada producto de la crisis latinoamericana, podría cambiar la ecuación y darle credibilidad a los argumentos de los intelectuales xenófobos. Es por eso que, desde hoy, aquí y en todas partes, los intelectuales latinos debemos confrontarlos.

*Max J. Castro, Ph.D., sociólogo, columnista,  
profesor visitante en la Florida Atlantic University.*

ENRIQUE KRAUZE

## *El falso profeta*<sup>6</sup>

Tras el ataque brutal de Al Qaeda (que en algún sentido presagió en su famoso libro *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*), el profeta Samuel Huntington escucha voces, ve visiones y anticipa un nuevo peligro: su provocador ensayo *El reto hispano a EE UU* (Foreign Policy Edición Española abril/mayo 2004) descubre que los mexicanos han "establecido cabezas de playa" por todo el territorio americano, en particular en los dominios de México anteriores a la guerra de 1847.

Esa invasión -que parecería planeada-, esta "Reconquista", constituye, a su juicio, el mayor peligro para la identidad histórica, cultural y lingüística; para los sistemas políticos, legales, comerciales y educativos; y aun para la integridad territorial de los Estados Unidos. ¿Clarividencia histórica? No: moros con tranchete.

Hay muchas razones para preocuparse por el problema migratorio. En México es una vergüenza nacional. Como los irlandeses en el siglo XIX, la mayor parte de los mexicanos que emigran lo hacen porque no tienen alternativa. Su drama no es resultado de la hambruna o la sequía, sino de varios factores, entre los que destaca la antigua incapacidad de los Gobiernos para entenderlos y apoyarlos. Si bien envían cada año más de 10.000 millones de dólares a sus familias, en sus idas y venidas corren peligros de muerte, y su estancia en territorio americano transcurre en un estado de continua zozobra y desgarramiento familiar.

Para los Estados Unidos, la migración mexicana no sólo arroja beneficios económicos, sino costos y distorsiones sociales de toda índole -en el aparato educativo, los servicios de salud- que es imposible negar o menospreciar. Los cinco factores diferenciales que Huntington advierte en esta ola migratoria con respecto a las del pasado son, en términos generales, ciertos: la contigüidad entre nuestros países -abismalmente desiguales- explica la enorme escala del fenómeno; la condición de ilegalidad en la que viven millones de migrantes tampoco tiene precedentes.

Lo más preocupante, en efecto, es la persistencia: "A menos que ocurra una gran guerra o una recesión, la corriente continúa... sin dar señales de estabilizarse". Se pueden objetar algunos datos (la concentración regional en el Suroeste es quizá menos marcada de lo que dice, hay mexicanos a todo lo largo y ancho de Estados Unidos, aun en pequeñas ciudades y hasta en Alaska), pero el problema es de veras alarmante: ningún país puede cruzarse de brazos ante la incontenible presencia ilegal de otro pueblo en sus entrañas. En términos cuantitativos, la situación es similar a la de Europa con respecto a la inmigración ilegal proveniente de África y Asia.

Pero en sus aspectos cualitativos es muy distinta. En *El choque de civilizaciones*, el propio Huntington reconocía las afinidades y convergencias axiológicas entre las "variantes de la civilización occidental" en América. De pronto, ha cambiado de opinión. A fin de cuentas, ocurre lo mismo que en aquel célebre libro: una frase genial se infla en artículo y después en libro. Aunque señalen conflictos reales, fallan como diagnóstico. Y tomadas al pie de la letra, justifican acciones políticas muy peligrosas.

Huntington teme la invasión silenciosa del país contiguo, que no conoce. Comencemos por la historia. "Los mexicanos y mexicoamericanos -afirma- pueden reclamar, y de hecho reclaman, derechos históricos sobre territorio americano". La pregunta obvia es: ¿quién y cuándo ha hecho ese reclamo al que Huntington se refiere? A ningún personaje del siglo XX (político, intelectual) se le ocurrió jamás semejante absurdo.

Durante las primeras décadas del siglo, el sentimiento prevaleciente era más bien el inverso: un temor -no infundado, al menos hasta 1927- a una nueva invasión estadounidense. Huntington sostiene que "no hemos olvidado" la guerra de 1847, y por eso inventa que nuestro designio es convertir a California en un nuevo Quebec o, más precisamente, en Mexifornia o la República del Norte (como "predice", ¡para 2080!, uno de los autores a quienes Huntington concede autoridad). Aquí la distinción que importa atañe a la memoria.

Los libros de texto en México consignan las peripecias de aquella malhadada guerra, pero su recuerdo no es una memoria viva, una herida abierta: ocurrió hace mucho tiempo, afectó a una región poco poblada, no derivó en expulsiones masivas (como en el caso palestino). Menos aún implicó un exterminio (como las posteriores guerras indias).

Fue, sin duda, una guerra injusta (condenada por Lincoln), pero se ha congelado en una liturgia cívica. Basado en una serie de apreciaciones subjetivas (los abucheos en un juego de fútbol en Los Ángeles) y declaraciones de políticos demagógicos -hispanos y mexicanos-, sin dar un solo ejemplo serio o fehaciente, Huntington alimenta la especie de que los mexicanos (así en general, con la típica generalización que tanto le gusta) abrigan un agravio histórico que los migrantes, movidos por el subconsciente colectivo, están a punto de cobrar. La realidad es otra. Sólo una parte de la élite política e intelectual (de derecha hispanista, de izquierda marxista) ha sido antiamericana.

El pueblo, sencillamente, no lo es. Y aun en las élites, la globalización y la caída del Muro de Berlín atenuaron de manera considerable ese sentimiento, que se ha vuelto casi una pose. Los jóvenes de clase media -para bien o para mal- participan de la cultura popular americana, aprenden inglés a través de la música pop, quieren una vida material mejor y no desesperan de la recién conquistada democracia.

Pueden no amar a los estadounidenses, pero ¿qué pueblo ama de verdad a otro? Los más humildes intentan emigrar para ayudar a sus familias y construir un mejor futuro. Aunque entren por el desierto de Arizona y no por Ellis Island, su sueño americano no es distinto al de los irlandeses, polacos, judíos o italianos que llegaron en el siglo XIX. También ellos mantuvieron por generaciones sus ligas con la patria original o espiritual. No fundaron a Estados Unidos: lo construyeron.

El caso mexicano es diferente -aduce Huntington- porque aquellos cinco factores reforzarán la cultura mexicana a expensas de la matriz cultural y religiosa (blanca y protestante) de Angloamérica.

Aunque él mismo reconoce tener pocas evidencias empíricas, su mayor preocupación es la derrota del idioma inglés. Aquí el profeta se desliza hacia el terreno de las suposiciones que sustentan sus temores. Huntington menosprecia la fuerza del inglés como idioma de la globalidad y menosprecia aún más el inmenso atractivo del inglés como llave al mundo moderno para los inmigrantes mexicanos, pero acierta en un punto: llevada a la práctica en el ámbito educativo, la retórica multicultural de algunos políticos hispanos podría relegar el inglés en escuelas estadounidenses, con lo cual los propios inmigrantes se empobrecerían.

El asunto parece ser de grados y matices: en algunos sitios el español puede ser la segunda lengua, sin necesidad de desplazar al inglés. La habilidad lingüística no es, por fuerza, un juego de suma cero. ¿Son tan distintos e inasimilables los valores culturales de México? Veamos. Los mexicanos santifican las fiestas religiosas; los irlandeses, también. Los mexicanos se casan entre sí; los italianos, también; los mexicanos se aferran a su idioma, los judíos por varias generaciones hablaron el yiddish; los mexicanos gravitan sobre el núcleo familiar o la figura de la madre, igual que los italianos, irlandeses y judíos.

Pero Huntington no ha escrito un ensayo sobre 'el desafío irlandés, italiano o judío', porque -al margen de las diferencias cuantitativas- en términos estrictamente culturales su análisis no se sostiene. La obsesión de Huntington por preservar una identidad desemboca en la idea de la pureza, y ya hemos visto esa película: serbios, hutus y tutsis, etarras, KKK. Fanáticos de la identidad. Huntington llega al extremo de sostener que 'la división cultural' entre hispanos y anglos podría reemplazar a la división racial entre negros y blancos como 'la más grave división en la sociedad americana'.

Aquí resuenan las vergonzosas antropologías racistas de fines del siglo XIX. Volver a utilizarlas es por lo menos un acto de ignorancia, sobre todo en Estados Unidos, cuyo aporte mejor a la civilización occidental está en su capacidad extraordinaria para integrar creativamente poblaciones y culturas de todo el planeta, en un clima de libertad y tolerancia.

California no es Bosnia-Herzegovina. La cultura mexicana no amenaza a la estadounidense. Los mexicanos no son el 'enemigo adentro': simplemente son muchos y muy pronto serán demasiados. Buscarán mezclarse con la cultura americana (las culturas americanas: africana, asiática, europea, suramericana, judía, sajona) y asimilarse a ella en los aspectos esenciales: el idioma, el comercio, la política, la obediencia a las leyes y, a mediano plazo, el matrimonio.

Mantendrán diferencias en otros aspectos: añorarán por una o dos generaciones su tierra de origen; se aferrarán sabiamente a su cocina, tan rica y variada como la hindú o la china; seguirán profesando el catolicismo y celebrarán las fiestas del calendario cívico y religioso. Serán parecidos y distintos. Se asimilarán y no se asimilarán. ¿Dónde está el problema? Ya quisieran Francia y Alemania a este tipo de migrantes. ¿Los ha visto Huntington alguna vez? ¿Ha hablado con ellos?

Ahí están, en los restaurantes de Manhattan, las calles de Queens o los domingos en Central Park. Silenciosos, obedientes, cautelosos, pacíficos (sobre todo pacíficos), trabajan para enviar dinero a sus familias y sueñan (en español o inglés, qué más da) con un futuro mejor para sus hijos. No sé si el libro que dará a la luz en mayo incluye alguna encuesta seria y amplia con los propios migrantes. No me extrañaría esa omisión.

Y, sin embargo, a pesar de sus premisas racistas, como el caso de El choque de civilizaciones, Huntington acierta en prender la alarma sobre la dimensión cuantitativa del problema. La migración debe detenerse en algún momento e incluso revertirse. México tiene una responsabilidad mayor en el complejísimo asunto, pero Estados Unidos necesitaría también instrumentar una especie de Plan Marshall en apoyo directo a las regiones deprimidas de México que son las que emiten a los migrantes.

Esa convergencia entre los dos países requerirá humildad y honestidad del lado mexicano; generosidad y realismo, del americano. Está muy lejos de la agenda actual, pero si el ensayo de Huntington sirve para propiciarla, habrá valido la pena. Es difícil que se lea con esos ojos: los rancios devotos de la supremacía blanca y anglosajona ya deben estar pensando en unos Estados Unidos Mexika'nisch-rein.

*Fundador y director de la revista Letras Libres  
de México*

---

<sup>1</sup> Publicado en Foreign Policy, nº abril-mayo, 2004. Extracto de *¿Quién somos?*, cap. 9, Paidós, Barcelona (de próxima aparición).

<sup>2</sup> Publicado en Foreign Policy, nº junio-julio, 2004.

<sup>3</sup> Aparecido en el diario Reforma, Ciudad de México, 11-III-2004.

<sup>4</sup> Publicado en el suplemento Blanco y Negro Cultural del Diario ABC, Madrid, nº636 de 3-IV-2004.

<sup>5</sup> Publicado por el Diario La Opinión, Los Ángeles, California, el 7-IV-2004

<sup>6</sup> Publicado por el Diario El País, Madrid, 13-IV-2004.